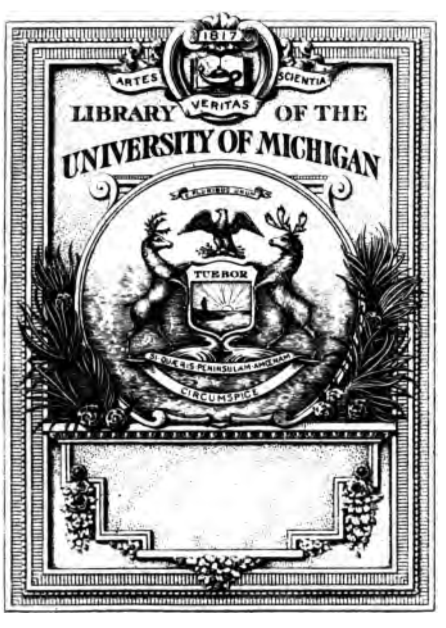



1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

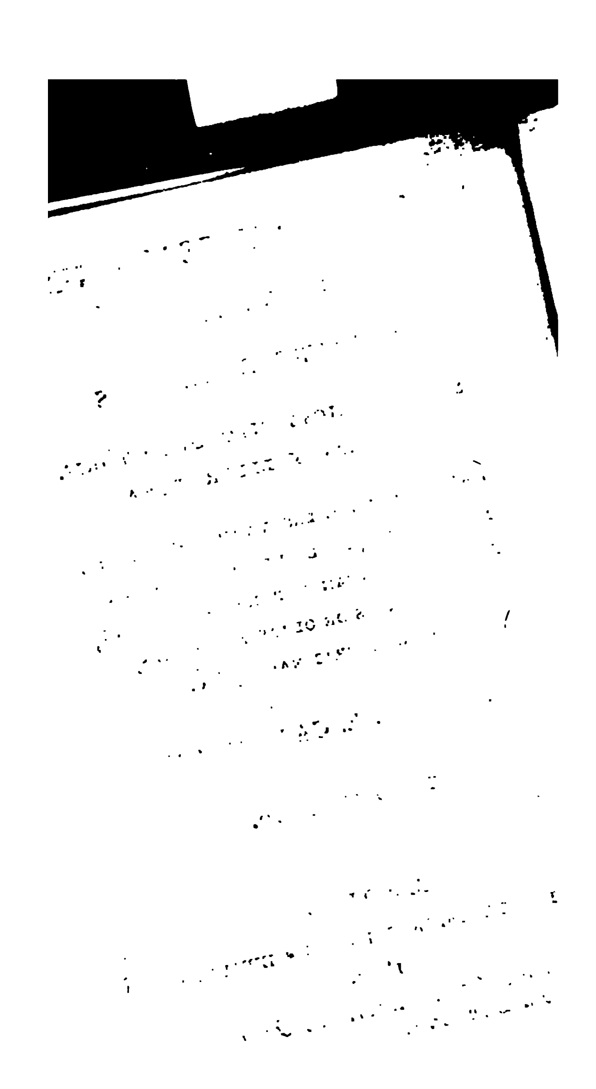
LAS CONVERSACIONES
DE MI VIAGE,
Ó ENTRETENIMIENTOS
SOBRE VARIOS PUNTOS DE HISTORIA NATURAL Y LITERATURA.

TRÁTANSE EN ELLAS VARIOS PUNTOS DE HISTORIA NATURAL QUE SON POCO CONOCIDOS, SE INSERTAN NOTICIAS MUY ÚTILES, FRAGMENTOS DE OBRAS MUY RARAS, VERSOS ORIGINALES, &C.

POR D. F. E. CASTRILLON.

TOMO SEGUNDO.

MADRID
EN LA IMPRENTA DE REPULLÉS,
1805.
Se hallará en la librería de Orea frente á San Luis.



CONVERSACION VII.

Orasmin; ó los resultados de la desesperacion. Cuento oriental.

Apénas tomamos el coche, quando nos dixo Doña Clara que habia procurado acordarse de otro cuento oriental; y que tanto habia pensado, y tantas vueltas habia dado á su memoria, que por último se hallaba en disposicion

de divertirnos con su narracion. Todos se lo agradecimos, y aunque nos dixo que era un poco mas largo que el de Çaraȥan, no nos desanimó esta noticia, sino que al contrario, nos sirvió de estímulo para avivar nuestra curiosidad; y así la rogamos que quanto ántes diese principio, lo qual hizo de este modo.

Orasmin. Cuento oriental.

¿Hasta quándo escucharémos las promesas de la esperanza? ¿quándo dexarémos de pensar en lo futuro? La flor de la esperanza no

sale del capullo sino para deshojarse: apénas parece; y el error y la tristeza son los frutos que la siguen.

¡Quántas veces he visto burlados los ardientes esfuerzos de mi juventud, y vanas y sin efecto mis esperanzas! ¡quántas veces me he perdido en el laberinto del error, siguiendo corriendo tras los fantasmas de la ambicion ó del deleyte! y sin embargo, siempre me han deslumbrado los mas débiles rayos de una nueva alegría. ¡Insensato! Quándo veia nacer la aurora, no pensaba en la noche que debia sucederla. Me levantaba lle-

no de entusiasmo, me arrojaba en pos de los objetos de mi esperanza... se me alejaban quando ya estaba junto á ellos. La rosa del placer se marchitaba quando la iba á tocar con la mano, y sus espinas me punzaban cruelmente.

"Abandona, pues, alma mia, abandona, pues, las ilusiones de la esperanza. Llora una juventud gastada en el error, y privada de todos los verdaderos placeres. No esperes nada de lo futuro, cíñete á mirar lo presente, y sabe que estás condenado á vivir entre importunos pensamientos y melancólicas reflexiones, y á sufrir el te-

dio de una insípida existencia." —

Así hablaba Orasmin, hijo de Hassarac, rico ciudadano de Bagdad. ¡Ah! si Orasmin se quejaba de su suerte, ¡qué hombre podrá vivir contento con la suya! La naturaleza le habia concedido gracia y hermosura; y Ala habia derramado sobre él todo el tesoro de sus mas preciosos favores. Tenia una salud muy robusta, un buen talento, y mucha instruccion; pero su ingenio, demasiado vivo, le representaba siempre como mas digno de apetecerse, aquello que no podia conseguir. Habia formado mil planes de felicidad; pero su

inconstancia era igual á la viveza de sus deseos, y así, como se arrojaba con demasiada precipitacion en brazos de la esperanza, así tambien se creia mas pronto burlado á vista de sus efectos. Los resultados eran siempre demasiado lentos para el grado de su impaciencia: muchas veces un poco de perseverancia le hubiera hecho conseguir completamente sus deseos.

Miéntras que se abandonaba así á su desesperacion, un espíritu de la luz se presentó repentinamente á sus ojos.

Levántate, le dixo el Genio,

y atiende á mis preceptos. Te abandonas á la desesperacion porque hasta ahóra has buscado en vano tu felicidad. No te ha faltado mas que un poco de constancia. Prepárate á nuevos esfuerzos, y sigue las instrucciones que voy á darte.

Muchos de los objetos que has buscado parece se han alejado mas y mas á medida que te ibas acercando á ellos: otros á quienes ya casi tocabas, perdiéron su valor entre tus manos; pero todavia te falta uno que es digno de animar tu valor, y sostener tu perseverancia. Si pones enteramente tu

confianza en el poder de aquel que me envia, y si sales victorioso de la prueba que te aguarda, recibirás en recompensa una ninfa celestial que lleva sobre su corazon el talisman de la felicidad. Pero como hasta ahora tu debilidad se ha opuesto á tus victorias, esta ninfa se mantiene encadenada baxo el poder de los encantadores; y espera recibir su libertad por tu mano. Ea, pues, ármate con la espada del valor, cíñete la banda de la paciencia, cubre tu brazo con el escudo de la esperanza, y marcha á sacar del castillo de Aladin esta Houris celestial que

T.º 2º. P. 10.



armate con la espada del valor.

Rosi dib.º Miranda gr.º

tiene reservado ese talisman precioso.

Recibió Orasmin estas instrucciones con el mas profundo respeto, y armado con una espada que le dió el espíritu que le hablaba, salió de la casa de su padre en busca de la ninfa prometida.

Por tres dias enteros corrió por el desierto con la mayor impaciencia, sosteniendo sus fuerzas y su valor la seguridad de un feliz éxito. Divertiase observando el admirable espectáculo que le presentaba la naturaleza, el olor de las flores le parecia mucho mas suave que ántes, y mas armonioso el

canto de las parleras aves. Venia la noche del tercer dia, y la luna comenzaba ya á esparcir su luz plateada sobre aquellos desiertos campos, quando le pareció ver entre la espesura del bosque las almenas de un elevado fuerte. No dudó que se hallaba cerca del castillo de Aladin, y á su vista creciéron su impaciencia y su valor; desnudó su lustrosa espada, y dirigió sus pasos al traves de la espesura en busca del objeto de sus esperanzas.

Repentinamente se cubre el cielo de nuves, y rompen sus cadenas los impetuosos vientos. Cru-

zan serpenteando por el aire los relámpagos, y el eco repite entre las peñas la terrorosa voz del ronco trueno. Orasmin pierde de vista las torres que le dirigian, se para, y dirige al cielo estas palabras con el mayor afecto. — "¡Oh padre de los creyentes! sosten mi valor, guia mis pasos en esta prueba de mi perseverancia, y hazme digno de obtener el premio que me reservas.

Inmediatamente le pareció que voltigeaba al rededor de su cabeza una ligera llama, cuyo resplandor juzgó Orasmin que era la señal de la asistencia del cielo.

Una mano invisible dirigió sus pasos al través de las escarpadas rocas; pero quando cesó la tempestad, y la pálida luz de la luna volvió á iluminar de nuevo aquel terreno, buscó Orasmin en vano el castillo que habia excitado sus esperanzas. Entónces volvió á entrar en su pecho la horrible desesperacion, y declamó con el mayor entusiasmo contra el rigor de la suerte que se burlaba así de sus mas sinceros deseos, olvidándose de que esta noche terrible habia sido precedida por tres dias consumidos en el éxtasis de los mas suaves consuelos.

Apénas rayó la aurora quando Orasmin sintió renacer nuevamente su valor. Vió un sendero bien formado que iba á parar á un camino real, y ya no dudó que aquel seria el que debia ponerle en el deseado castillo; mas como necesitaba tomar algun descanso, quiso hacerlo en un albergue que estaba á muy corta distancia de aquel sitio (1).

(1) En toda la Asia, y en varios parages de Africa y de América, hay unos pequeños edificios que sirven de posada á los viageros; pues como en aquellos paises es tan considerable la distancia que hay de una poblacion

Restablecidas en parte sus débiles fuerzas, volvió Orasmin á emprender su viage: pero ya sin aquella confianza que los dias anteriores habia animado su valor. La aventura de la noche pasada resucitaba todas sus antiguas dudas, y á su pesar temia verse de nuevo burlado como lo habia sido tantas veces, mas sin embargo no dexaba

á otra, es muy necesario este auxîlio para los caminantes. En las tierras de los gentiles hay por lo comun en estas casas algunos ídolos; y los hombres mas acaudalados los construyen creyendo que hacen en esto un mérito muy particular para alcanzar la felicidad eterna.

de caminar con el mayor ardor, porque el objeto de sus deseos se presentaba de quando en quando á su imaginacion acalorada, y las gracias de la ninfa prometida le parecian muy dignas de sus mayores y mas penosos esfuerzos.

Ya comenzaba á declinar el dia quando Orasmin se halló á la vista de dos caminos, el uno conducia á unos montes, cuyas cimas estaban coronadas de flores, y el otro á un profundo valle que parecia la morada de las tinieblas y el horror. El suave canto de los paxarillos que volaban al rededor de sus nidos, convidaba á seguir

el primero de estos caminos, miéntras que apartaban del segundo las ásperas voces de los insectos que poblaban las asquerosas aguas de las lagunas del valle, las que despedian de sí una niebla de pestíferos y mortales vapores.

¡Oh duda! ¡oh incertidumbre! dixo Orasmin, acusando los decretos divinos: ¿quál es el camino que me dirigirá hácia los muros que encierran la prisionera ninfa? ¿Pero qué dudo? la senda mas escabrosa es la que debo seguir, como la mas propia para la suerte del desgraciado Orasmin.

Dixo, y precipitadamente co-

menzó á andar por el camino sembrado de espinas y maleza. Comenzaba ya á dudar si debia retroceder; entretanto crecia la obscuridad, se aumentaba su cansancio, y ya estaba resuelto á dexarse caer en el suelo, quando llegó á sus oidos el ruido de un rio que se despeñaba entre las rocas, y vió sus aguas negras que corrian tocando casi sus pies.

He aquí, exclamó: he aquí el momento de terminar de una vez la amarga carrera de mi penosa existencia. Venido es ya este instante. Decidida está mi suerte. No seré mas el juguete de una falaz es-

peranza, ni volveré á dar crédito á estas ilusiones de felicidad. A un hijo de la desgracia, tal como yo soy, no le es dado aspirar á la posesion de la celeste Houris, ni al talisman de la dicha. El cielo se rie de mis votos, y burla mi credulidad con quiméricas promesas.

Así blasfema Orasmin, y se adelanta con toda priesa hácia lo mas profundo de aquel rio, quando una luz repentina destierra por un instante las sombras de la noche, y ve delante de sí al mismo Genio que se le habia aparecido. Sus miradas inspiraban terror, y á su voz se estremecian las mis-

mas peñas. Vil átomo, le dixo, ¿de dónde te viene tanto orgullo? Todavia le es permitido á tu Genio tutelar velar por tu vida y castigar con misericordia las blasfemias de tu lengua rebelde. Tú has recibido del cielo los dones mas preciosos; ¡y sin embargo tienes atrevimiento de hablar contra el supremo poder que te ha bendecido, y formar el temerario proyecto de acabar tu vida ántes del tiempo que te se ha fixado! Condenas las sabias disposiciones de la providencia, sin advertir que no tienes ojos para mirar sus fines; y te atreves á culpar al destino,

siendo así que tú solo eres quien tiene la culpa de no ser dichoso.

¿No te he dado las instrucciones necesarias para huir del tenebroso camino de la melancolía, y seguir la deliciosa senda de la esperanza? ¿No te sentias inclinado á tomar el camino estrecho y la subida rápida, á coger las flores que se presentaban delante de tus pies, y á oir el canto de las simples y sonoras avecillas? Pero tú has preferido el camino mas horroso; el camino de la desesperacion: ¿y luego echas la culpa á la suerte?

La providencia velaba sobre

tí miéntras que tú la ofendias con tus dudas y tus palabras. Aquel castillo que se presentó á tu vista no fué mas que una mentida ilusion, obra de un maléfico Genio que te le puso delante para perderte; y á no haber sido por la tempestad que sobrevino y que te hizo perder el camino, hubieras caido en una caverna profundísima que estaba ya muy inmediata. El cielo oyó tus ruegos, y yo dirigí tus pasos hácia el lugar donde habita la celeste Houris; pero solo has correspondido á este favor con las voces de la desesperacion y la queja. ¡Tú despre-

cias los benéficos designios del cielo; ¡y sin embargo le acusas! Si tu vida es como un teatro de desgracias ¿contra quién debes hablar, sino contra tí mismo, que tienes la culpa de todas?

Orasmin, postrado en el suelo, y pegada su frente á la tierra, escuchaba este discurso del Genio, el qual prosiguiendo dixo. Todavia me es permitido instruirte. Vuelve tus pasos: sube con valor y confianza. Acuérdate que el resignarse con la voluntad de la suprema sabiduría es el deber de una miserable y ciega criatura. Sin estas disposiciones no te será con-

cedido llegar á ver la ninfa que buscas, ni poseer el precioso talisman de la felicidad.

Desapareció el Genio, y Orasmin, animado por un nuevo rayo de esperanza, sintió renacer sus fuerzas como si volviese de un sueño consolador. Se puso en marcha para volver á encontrar el parage en que se dividian los dos caminos, y habiendo llegado á él tomó la senda que guiaba á las hermosas montañas.

La sonrosada aurora señalaba con una cinta de carmin las puertas del oriente: los páxaros cantaban á porfia como para saludar

á Orasmin, el qual lleno de un placer, qual nunca habia gozado, se dixo á sí mismo. Si las aves en los bosques gozan la felicidad, cuyo signo es su canto: si los corderillos en los valles estan alegres, y juguetean sobre la húmeda yerba, sin duda hay felicidad en la tierra, y no es posible que solo el hombre esté privado de este beneficio. Ea pues, confiemos en adelante, entreguémonos ciegamente en las manos de la providencia, y destiérrense de mi alma las infaustas sombras de la desesperacion.

Al paso que hacia estas refle-

xiones, le parecia que el campo lucia con mayor hermosura. La diversidad de colores que miraba, los contrastes de la luz y la sombra, la vista de los hermosos valles, y los arroyos que baxaban serpeando desde la cima de los montes á buscar las rápidas corrientes de un ancho y espacioso rio, todo le hacia contemplar la paternal providencia del criador del universo.

Pero Orasmin estaba demasiado encenagado en el lodo de la melancolía, y así todos estos consuelos fuéron muy momentaneos. Encontró uno de aquellos alber-

gues destinados para el alivio de los caminantes, y acordándose de que si el dia anterior hubiera seguido aquel camino le hubiera encontrado á la hora en que mas le necesitaba, comenzó á temer que no hallaria otro igual quando volviese á necesitarle.

Al paso que iba subiendo por la montaña, iban tambien aumentándose sus necias y tristes reflexîones en términos que le hiciéron olvidar de que no tenia agua en su *calabaza*, y que necesitaba llenarla en uno de tantos arroyos como parece le salian al paso para brindarle con ella; y así lue-

go que el ardor del sol excitó su sed, y quiso buscar alguna fuente para apaciguarla, no halló ninguna que le pudiese franquear semejante beneficio. Acordábase de los arroyos que habia visto: su imaginacion, siempre pronta á representarle los objetos dolorosos, parece como que hacia resonar en sus oidos el murmullo de aquellas cristalinas corrientes, que le servia de nuevo estímulo para avivar su desesperacion.

Así como el viento abrasador que viene de las regiones meridionales, seca y marchita en un instante las verdes yerbas del pra-

do, así esta memoria desvaneció las esperanzas de Orasmin. Su valor cayó como cae el tierno bástago de la planta que se marchita privado del auxilio del agua. Sentóse casi sin fuerzas debaxo de una palma, y allí le encontró la noche sin tener ningun otro abrigo. Bien pronto llegáron á sus oidos los terribles rugidos de las fieras que poblaban aquel desierto. Temió Orasmin ser víctima de su furor, y esforzándose quanto pudo trepó por las ramas de la palma, y no bien estuvo á alguna distancia del suelo, quando una porcion de aquellas fieras vinié-

ron á echarse junto al mismo tronco que le sostenia. Entre las mayores angustias pasó aquella noche, y aunque disfrutó algunos ratos de sueño, fuéron interrumpidos con los temores de su peligro, y quando vino el dia se halló en el último punto de abatimiento y desconsuelo.

Un albergue donde dormir sin riesgo, y un arroyo que apagase su sed, eran las cosas que mas habia deseado la tarde anterior, y uno y otro encontró apénas volvió á seguir su camino: ¡qué desgracia! Orasmin hubiera podido disfrutar de ambos beneficios si-

no hubiera desmayado en mitad de la jornada.

Sin embargo le sirviéron el arroyo y el albergue para reparar algun tanto sus débiles fuerzas, y prosiguiendo en busca del objeto de sus esperanzas, vió á lo léjos un parage donde tambien se dividian dos caminos. Acordándose entónces de las instrucciones del Genio, propuso en su corazon seguir el camino que le pareciese mas propio para sostener su esperanza; pero ántes de llegar al punto de la division de aquellas sendas, vió á un anciano Derviche que venia por el mismo cami-

no. Su cuerpo se encorvaba hácia la tierra lo mismo que la tierna viña á quien la corriente del agua arrebató la estaquilla en que se sostenia. Sus vestidos eran los mas pobres y desaseados, y de quando en quando lanzaba unos profundos suspiros, semejantes á los gemidos de la muerte.

Padre, le dixo Orasmin, ¿por qué vas tan triste y desanimado? ¿por qué arrojas suspiros tan dolorosos? ¿Acaso las aflicciones no respetan tus canas, y vienen á turbar el descanso de tu soledad, ó lloras en la edad de la prudencia los errores de tu juventud?

Jóven, respondió el Derviche, conozco que no tienes ni experiencia ni sabiduría. ¿Qué es el hombre para que pueda lisongearse del vigor de sus primeros años, ni de la prudencia en el tiempo de la vejez? Fatiga y error: he aquí la suerte del hombre, y su herencia en este mundo. Sus placeres son como la flor que nace en estío, que apénas desplega sus hojas se marchita. ¿Qué cosa es la sabiduría sino un ciego conductor que elige por casualidad, calla quando se le pregunta, y que echa la culpa al error de las faltas que ella sola comete? El bruto, di-

rigido por su natural instinto, es mil veces mas feliz que el hombre, porque las miras y las esperanzas del que se tiene por filósofo, siempre se fundan en lo futuro, y quando debieran verificarse, la razon da á conocer el engaño. ¿Qué es la esperanza? error y vanidad. ¿Qué es la posesion? tedio y tormento. La naturaleza inanimada nos representa sin cesar nuestra suerte.

Los frutos no maduran sino para podrirse, y la yerba del campo no nace sino para secarse.

Orasmin escuchaba estos discursos con el mismo placer que

un hombre que halla comprobadas sus mas favoritas opiniones en boca de algun sabio. Comenzó á sospechar que las instrucciones que le habia dado el Genio celestial podrian ser erróneas. Caminaba al lado del Derviche, escuchaba con ansia sus discursos, y le parecia oir la voz de la misma sabiduría que le anunciaba verdades cortadas por la hoz del tiempo en el triste campo de la experiencia.

La materia era abundante, y la eloqüencia del Derviche arrebataba á Orasmin, de modo que no advirtió que ya estaba muy léjos

de aquella encrucixada. Ultimamente, ya muy cerca de la noche se halló á la vista de un monte inaccesible, rodeado de espesos y tristísimos bosques. Asustado con esta horrible vista preguntó al anciano, ¿en qué parage estaba situado el castillo de Aladin? No conozco á Aladin, ni sé de semejante castillo, respondió el Derviche; pero lo que te puedo decir es que si tú, semejante al mayor número de los hombres, te empleas en buscar algun placer en esta vida, has escogido muy mal el camino y el conductor.

El desgraciado caminante ad-

virtió entónces que los tristísimos discursos del anciano le habian hecho olvidar los avisos saludables de su Genio tutelar; y así resolvió separarse de aquella peligrosa compañía, como lo hizo, volviendo á desandar el camino para buscar la encrucixada, donde llegó á media noche, perdidas las fuerzas, y en el punto de su mayor afliccion.

Tambien nosotros, dixo Don Severo, hemos llegado á nuestra posada, aunque á Dios gracias no tan cansados como Orasmin, á quien será bien dexemos en su encrucixada miéntras que tomamos el

necesario alimento, y con la protesta de ver el éxîto del viage de Orasmin á la primera ocasion.

CONVERSACION VIII.

Concluye Doña Clara su narracion.

Don Severo, que desde el principio del viage parece se habia nombrado apoderado general de esta tertulia ambulante, fué el que conociendo los deseos que teniamos de saber el paradero del pobre Orasmin, recordó á Doña Clara que habia quedado en su encrucixada muy pensantivo sin du-

da, y sobremanera desconsolado.

Así fué, continuó nuestra oradora, y hubiera permanecido por mucho tiempo reflexîonando sobre su mala fortuna, si no se lo hubiera impedido una quadrilla de aldeanos que venian cantando, y traian unas hachas encendidas para evitar los peligros de la obscuridad en aquella áspera cuesta. Quando pasáron junto á nuestro pensativo caminante, este se agregó á la festiva tropa, y quiso saber el motivo de su alegría, y la causa de aquel viage nocturno. Uno de ellos le respondió, somos labradores agradecidos á los favores de

Alá. Hemos sacado un fruto regular de nuestras labores, y bendiciendo al cielo por la recompensa que nos ha concedido, vamos á la ciudad á comprar algunas cosillas que nos son necesarias para pasar con ménos incomodidad los frios del invierno, que no tardará en venir.

Todo eso está muy bueno, replicó Orasmin; ¿pero á qué viene esa música, y esos cánticos, como si estuvieseis en la fiesta del profeta? La fiesta del profeta, repuso uno de ellos, es el dia en que su pueblo es feliz, y nosotros lo somos todo el año. — ¿Ha

sido acaso esta cosecha muy abundante? — Ha sido mediana; pero damos gracias por ella, tal como el cielo nos la ha enviado. Un trabajo continuado nos proporciona las comodidades de la vida; nuestros corazones estan satisfechos., y levantamos hácia el cielo el acento de nuestra gratitud. La alegría no nos abandona miéntras nuestras labores; pero es mucho mayor despues que han concluido, y gozamos los frutos, que son sus resultas.

Sorprehendiéron á Orasmin las palabras del sabio labrador; y se dixo á sí propio, *sin duda el hom-*

bre, puede vivir feliz sobre la tierra. A pesar de esta conseqüencia, legítima no dexó de llorar viéndose tan distante de aquel humilde estado, en donde le es dado al hombre gozar la felicidad. Ignoraba que esta no depende del estado del hombre, sino de las disposiciones que el hombre tiene para gozarla.

Orasmin se detuvo para entregarse á sus acostumbradas reflexiones, y la alegre quadrilla se apartó de él, no sin admirarse de ver tanta tristeza, en medio de unos vestidos tan magníficos. Siguió con la vista á aquellos feli-

ces aldeanos: poco á poco se iba disminuyendo en sus oidos el dulce son de sus pastoriles instrumentos hasta que los dexó de oir enteramente. Sin embargo, la impresion que en él habia hecho este expectáculo formaba tal contraste con sus ordinarios pensamientos, que apénas sabia discernir si era verdad ó mentira lo que acababa de presenciar; pero bien pronto esta misma violencia y contraste que padecia, le hizo caer en un delicioso sueño. Entre sus sombras vió el deseado castillo de Aladin, oyó los suspiros de la cautiva Hourxis, se llegó al muro que la ocul-

taba, llamó á singular batalla al cruel mágico, triunfó y entró victorioso en un magnífico palacio, cuyas salas resonáron bien pronto con los suaves acentos de una música celestial. Mil oficiosas ninfas se presentáron á quitarle sus vestidos manchados con el polvo y la sangre, le pusiéron la vestidura nupcial, le perfumáron con los mas suave aromas que la Arabia produce, y le conduxéron á los brazos del amor. Alli las ninfas bailaban desplegando todas sus hechiceras gracias; pero la deseada Houris lucia entre todas como la rosa entre los lirios. Llevaba

pendiente al cuello con un hilo de oro el talisman de la felicidad, cuya preciosísima alhaja subia y baxaba segun palpitaba el corazon de la ninfa. Orasmin, á vista de aquel talisman tan suspirado, le echó la mano... y despertó.

Hechiceras imágenes, exclamó, ¿por qué huis, dexándome burlado? ¡Ah! el cielo no me presenta mi felicidad sino entre las sombras de un sueño.

Sin embargo, los objetos que se le habian presentado dexáron en su imaginacion tan dulces impresiones, que le inspiráron una nueva confianza. Tomó este sueño

como certísimo anuncio de un feliz suceso, y siguió caminando con mucho brio, quando el astro del dia comenzaba á salir por las puertas del oriente.

No tardó mucho en encontrar una anciana que le detuvo. Las arrugas de la edad parecia que habian formado sobre su frente los surcos de la experiencia, y un bastoncillo de évano la ayudaba, sosteniendo sus pasos vacilantes. Jóven favorecido del cielo, dixo á Orasmin, la celeste Houris, que gime cautiva en la gruta subterranea, sabe los deseos de tu corazon. Yo, que tengo la fortuna

de penetrar lo futuro, estoy hace mucho tiempo instruida de tu llegada; sé quales obstáculos te esperan, y como puedes evitarlos; escucha, pues, las voces de quien te ama.

"Si sigues el camino que llevas, hallarás el castillo de Aladin, y la ninfa que buscas; pero este camino es penosísimo y lleno de escollos. Sígueme á la gruta que habito: yo te guiaré por una senda subterranea, que mucho mas pronto te llevará al deseado término de tu viage."

Orasmin no dudó un solo instante, y comenzó á andar por el

laberinto subterraneo, cuya entrada le hizo conocer la anciana; pero bien pronto comenzó á desconfiar de los consejos de esta á vista de la obscuridad y revueltas que tenia aquel camino. Andaba despacio, y á cada paso se reprehendia á sí propio por haber seguido indiscretamente aquella estrechísima senda; pero la anciana, que conoció sus temores, le dixo: Orasmin ¿quán pequeño es tu corazon? ¿Temes la obscuridad como la pudiera temer un niño? ¿Qué es eso? ¿preferirias el camino real, que es dilatado y penosísimo á esta senda mucho mas breve y

mas digna de un hombre de valor? ¿No oyes los suspiros de la infeliz cautiva? ¿puedes dudar seguir el camino que mas corto sea para darla á conocer su libertador?

A estas palabras sintió Orasmin renacer su valor. Siguió sin murmurar los pasos de su guia en las intrincadas vueltas y revueltas de aquel laberinto. En fin, un leve rayo de luz que se dexó ver entre las tinieblas de aquel funestísimo sitio, le hizo concebir ciertas esperanzas de hallar bien pronto la salida, y su imaginacion acalorada le figuraba ya las puer-

tas. del castillo encantado.

¡Qué injusto y qué necio es el hombre! ¡quántas veces evitariamos las calamidades que nos rodean, sino nos empeñásemos en contradecir la voluntad del cielo. La naturaleza ha trazado el camino que debemos seguir. Si se nos presentan elevadas montañas, si las espinas hieren nuestros pies quando caminamos, esto sucede algunas veces; pero otras tambien hallamos valles deliciosos, y pisamos sobre alfombras de olorosísimas flores. Si el camino se alarga mas de lo que habiamos pensado, no hablemos de la distancia,

sino pensemos en el término á que nos conduce: esperémos sin cesar, porque la esperanza nos hace gozar anticipadamente las delicias de la posesion: tengamos paciencia, y llegarémos á esta; pues el que no la tiene, y quiere coger sus frutos ántes del tiempo señalado para su madurez, ve marchistarse entre sus manos aquellas flores sin provecho ni deleyte.

Así el impaciente Orasmin, que no sabia fixarse en el camino de la felicidad, se dexaba extraviar siguiendo los pasos de quien solo meditaba su ruina. Ellos le lleváron á la boca de un profun-

dísimo abismo: los ministros del horror alargaban desde abaxo sus cabezas para ver la nueva víctima que iban á devorar: iba ya á precipitarse Orasmin, pero los gemidos de los otros desgraciados que le habian precedido, le hiciéron volver en sí. Detuvo sus pasos, vió el lazo de aquella pérfida anciana, y el mismo terror del inmediato peligro le hizo implorar la asistencia de Alá.

Entretanto esta cruel vieja, que caminaba delante de Orasmin, se daba priesa á llevarle al precipicio; y notando sus dudas y temores, le cogió por la ropa para

arrojarle con fuerza en aquel abismo; como lo hiciera si Orasmin no sacara la espada que le habia dado su Genio protector, y no cortara con un solo golpe el brazo de aquella mágica infernal, cuyo cuerpo cayó rodando hasta el hondo de aquel abismo. Sus gemidos hiciéron retemblar aquellas obscuras mansiones; las mismas peñas se conmoviéron, y dexáron penetrar por sus hendiduras algunos débiles rayos de luz, que permitiéron á Orasmin ver las víctimas de un error voluntario, que gemian en medio de los monstruos que se ocupaban en atormentarlas.

El monstruo que mandaba á todos, y que acababa de aumentar el número de sus presas, abrió su boca como para aplaudirse de su victoria, y vomitó su venenoso aliento sobre los infelices que le rodeaban. Tembló Orasmin, y quiso volver atrás; pero ¿cómo volveria á encontrar el camino que habia traido, siendo tantas y tan obscuras las vueltas de aquel laberinto? La luz que entraba por las hendiduras de las peñas era su único apoyo; reanimó su espíritu, invocó á Mahoma, y saltando con violencia la boca del abismo, llegó á poco rato á la salida de-

seada; pero ¡quál fué su desesperacion quando en lugar del castillo de Aladin, solo halló el mismo bosque donde habia encontrado á la pérfida anciana! Los ministros del horror, exclamó, se han armado contra mí, y ponen invencibles obstáculos al cumplimiento de mis deseos. La maldicion del cielo me persigue, infeliz, tus deseos no sirven sino para tu tormento... Sin embargo, esta vez, y nó mas, tengo de probar fortuna. Si soy burlado, se concluyéron para siempre mis esperanzas, dixo, y continuó caminando hasta la noche que llegó á

una cabaña, donde fué recibido con todo agasajo. Al otro dia volvió á seguir su camino al rayar la aurora, y no tardó en estar á la vista de aquel tan deseado castillo. En el arrebato de su alegría clama provocando al mágico, bien pronto baxan el puente levadizo, y se le presenta un gigante sobre un carro de acero tirado por dos dragones que vomitan llamas. Orasmin no se intimidó; cubrióse la cabeza con el escudo, y se arrojó contra el mágico que con una sonrisa desdeñosa se burlaba de tan débil contrario. El combate fué terrible, pero corto: la espa-



El gigante herido cayo de su carro lanzando horrosos gemidos.

da del Genio protector de Orasmin superó los encantos de la magia; y el gigante herido por aquella arma invencible, cayó de su carro lanzando horrorosos gemidos. Los dragones fuéron muertos igualmente, y la sangre de estos tres monstruos corria confundida salpicando los vestidos del vencedor, que ufano con su triunfo exclamaba: por fin, ya te merezco, Houris celeste; ya voy á poseer el talisman de la felicidad. Te engañas, dixo el gigante con una voz que hizo temblar los árboles vecinos; no está en este lugar el premio que deseas. El prin-

cipe de la magia se rie de tus amenazas, y se burla de tus deseos. Perecerás á sus manos, y tu muerte vengará la del infeliz Orosmundi.

Estas últimas palabras, dichas en el mismo instante en que Orasmin comenzaba á darse á sí mismo el parabien de la victoria, hiciéron en su alma la impresion mas viva. En el ímpetu de su rabia blasfemó de Dios y del profeta: y solo volvió en sí para entregarse á la mayor desesperacion. Se internó por el bosque, sin llevar objeto determinado; y quando le faltó la luz para continuar

su incierto viage, se sentó junto á un ciprés, soltando enteramente las riendas á sus melancólicas reflexîones.

La luz de la luna comenzaba ya á brillar; y sus débiles rayos, dando en un manso arroyuelo que se despeñaba desde una roca, reflectaban hasta el rostro de Orasmin, como para divertirle un poco y separarle de sus tristes pensamientos; pero él cerró los ojos, temiendo que mitigasen algun tanto su melancolía. No, dixo para sí; jamas me permitiré mirar una cosa que pueda alegrarme. No hay gozo ninguno en el universo, solo

es una sombra del placer la que se nos presenta, para despues dexarnos mayores sentimientos. La filosofia de la experiencia me ha hecho conocer lo falaz que es la esperanza del hombre; y no me expondré á ser nuevamente engañado.

Determinado de este modo á seguir toda su vida los fatales consejos de la melancolía, se entregó á un agitado sueño, mas propio para fomentar su pena que para disminuirla. Le pareció que se hallaba en el mismo parage donde se habia separado del Derviche, y que este todavia se hallaba allí;

pero mas triste y mas melancólico que ántes estaba. Dos grandes alas negras cubrian su espalda, y en su mano izquierda tenia una varita, y en la derecha una copa llena de un asqueroso licor.

Mortal, dixo á Orasmin, yo soy el Genio de la triste experiencia, cuyo oficio es desengañar á los hombres dándoles á conocer los peligros de la que se llama sabia filosofía. A mí solo me es permitido deshacer las ilusiones con que ella os engaña. Yo soy quien hago conocer la verdad á aquellos á quienes la esperanza habia engañado. Y yo últimamente soy quien

descubre al sabio el verdadero punto de vista, baxo el qual debe mirar los objetos de sus deseos; quien le manifiesta la vanidad de ellos, y le inspira el tedio con que despues los aborrece.

Tú has aprendido por tí mismo á conocer quán inútiles son los esfuerzos del hombre para llegar á la felicidad; y te arrepientes de haber consumido tus fuerzas en tan largo y penoso trabajo. Aprovéchate, pues, de tu propia experiencia. Huye los lazos de una esperanza siempre engañadora; el hombre mortal, jamas puede ser dichoso: la felicidad no se hizo pa-

ra los que pueblan la tierra, solo disfrutan una débil sombra de ella, que lisonjeándolos por un momento, desaparece al instante dexándolos el tedio y el arrepentimiento, tristes frutos de sus falsas esperanzas.

"Bebe este licor que tengo la bondad de presentarte compadecido de tu suerte, y ya no experimentarás ninguna inquietud; ni volverás á ser víctima del error."

Dichas estas palabras presentó á Orasmin aquella fatal copa; y él creyendo sinceros consejos de un Genio benéfico, los que en realidad eran nuevos estorbos al logro

de sus esperanzas, bebió con ansia aquel asqueroso licor, cuyo efecto fué tan fatal como repentino. Quantos objetos le rodeaban tomáron un aspecto mas triste. Las mismas sombras de la noche se hiciéron mas obscuras, y parecia que habian tomado cuerpo para presentarse á su vista con un aspecto de mayor horror. La poca yerba que habia al rededor se secó inmediatamente; las rocas parecian mas áridas y mas escarpadas, y el mismo cielo, ántes estrellado y hermoso, se cubrió de horrorosas y densísimas nubes.

Semejantes fuéron los efectos

que produxo en Orasmin aquella fatal bebida. Sus músculos perdiéron la facultad de moverse, y sus nervios la de comunicar las sensaciones. Así quedó imposibilitado de experimentar deleite alguno, é incapaz de levantarse á buscar el que se le proporcionase. La agonía y la languidez se apoderáron de su alma, y aunque conocia que quantos objetos le rodeaban no le servian sino para hacerle mas terrible su situacion, no podia levantarse para huir de su vista.

Tal era la situacion de este infeliz, quando de repente se le apareció su Genio protector. No le

desconoció Orasmin; pero ya no experimentó aquella alegría que siempre le habia inspirado su presencia.

Víctima voluntaria de la desesperacion, exclamó el Genio, mira lo que tu error te cuesta: levanta los ojos, y mira junto á tí el castillo de Aladin, en donde la ninfa celeste está aguardando que llegue su libertador. — Esforzóse Orasmin á levantar sus llorosos ojos, y vió en efecto el castillo prometido. El Genio continuó: si no te hubieras dado tanta prisa á beber el licor de aquella fatal copa, hubieras llegado

hoy mismo al término de tu viage; pero ya te es imposible conseguirlo: el *nervio de la esperanza* te ha sido cortado (1). Se extinguió en tí el ardiente deseo de la felicidad: llegó el caso de que conozcas que hay placeres en el mundo; que el hombre puede dis-

(1) Quizas los gramáticos no admitirán esta frase; pero sin embargo es la misma que he hallado en el original, y me ha parecido que debia conservarla. Los nervios son los conductores de las sensaciones: cortados estos cesan aquellas, y en este sentido, ¡qué expresion tan enérgica es esta por mas que la critiquen los insulsos gramáticos!

frutarlos; pero no podrás buscar estas delicias, y solo tendrás la pena de no haberlas sabido buscar quando pudiste.

¡Insensato! no has sabido ver que el trabajo es un verdadero camino para aumentar los placeres. Te has atrevido á blasfemar del poder divino diciendo que la infelicidad es la herencia del hombre: y esto miéntras que tú, rebelde á la voz de la naturaleza, y á mis propias benéficas instrucciones, te apartabas del sendero que conduce á la felicidad. Has culpado á la providencia porque en tu ceguedad no has sabido cono-

cer sus caminos.

¿Qué males has sufrido que no sean conseqüencias de tus errores voluntarios, ó resultas de tu culpable desobedieneia? Tu suerte es la del hombre orgulloso, que quiere ser mas sabio que la suprema sabiduría, y que desprecia la voz del cielo.

Tú habias triunfado del impío que tenia cautiva á la Houris. Las barreras que te separan de la felicidad estaban ya derribadas: mira ¡quán vanas eran tus quejas, y quán insensata tu desesperacion! El premio estaba ya ganado, todavia le tienes delante; pe-

ro te es prohibida su posesion porque no has sabido esperar en quien te le podia conceder.

Dicho esto desapareció el Genio, dexando á Orasmin lleno del mayor dolor. Salió el sol, y con su luz vió claramente aquel tan suspirado castillo; pero no pudiendo llegar á él, cayó desmayado, teniendo por mucho favor que la muerte pusiese fin á tan infelice vida.

Tal es el paradero de esta supuesta sabiduría, que inspira la desesperacion y envuelve al hombre en un espeso velo de temores y desconfianzas. Nada se consigue desespe-

rándose, sino perder las fuerzas que nos fuéron dadas para llegar al fin de nuestros deseos.

¡Mortales! no imiteis á Orasmin, hay felicidad, y el hombre puede disfrutarla; pues el Criador le hizo para que fuese feliz sobre la tierra, y eternamente despues si vive obediente á sus divinos preceptos. La celeste ninfa que tiene el talisman de la felicidad, se llama *Esperanza*; y el enemigo con quien tenemos que pelear para poseer esta preciosísima alhaja, está dentro de nosotros mismos: en nuestros corazones habita, y se llama *la desconfianza*.

DON SEVERO.

Seguramente que Orasmin nos puede dar lecciones muy útiles. Todos nacemos para ser felices: la voz del cielo nos habla interiormente, poniéndonos en el verdadero camino de la felicidad, lo mismo que aquel Genio protector hablaba y conducia á aquel árabe desgraciado. Es verdad que hallamos en el mundo sabios orgullosos, ó por mejor decir, muchos groserísimos ignorantes, que presumiendo de filósofos, se empeñan en desviarnos con sus consejos, apartándonos del verdadero camino como hizo el viejo Derviche, ó bien po-

niéndonos á la boca del precipicio, como la vieja metió á Orasmin en aquella obscura cueva; pero tambien no es ménos cierto que hallamos muchos exemplos opuestos á estas perjudiciales máximas, bien así como los sencillos aldeanos de este cuento, ¿Por qué, pues, hemos de despreciar estos avisos, y seguir los depravados consejos de los primeros? y si lo hacemos, ¿á quién echarémos la culpa sino á nosotros mismos? Pero basta de reflexiones, pues ya estamos á la vista de la posada. Deseo el instante de continuar nuestra tertulia; pues las conversaciones que

llevamos, se me van haciendo cada vez mas gustosas y mas interesantes.

CONVERSACION IX.

Historia del animal llamado Bernardo el ermitaño, ó por otro nombre el Soldado. — Extracto de una carta criticando el gusto que algunos tienen en hallar ilusiones. — Superstición de los Lapones quando cazan los osos. — Extraña historia de una especie de arañas.

DON SEVERO.

Señores, ante todas cosas prevengo á vmds. que hemos pasa-

do muchas conversaciones sin hablar de nuestros insectos, y para mí callen todas las maravillas, y todas las moralidades del mundo donde está este ramo de la historia natural; pues á la verdad, si sus operaciones son maravillosas, tambien nos dan la mejor leccion moral, poniéndonos presente uno de los muchos prodigios de aquella mano que crió al universo. Digo esto porque deseara que el señor Don Carlos nos favoreciese en esta media jornada, ya que le hemos dexado descansar por tanto tiempo.

DON CARLOS.

Serviré á vmds. con muchísimo gusto. Quando hablamos del extrañísimo modo con que se visten algunos insectos, me faltó tiempo para dar á conocer á vmds. un raro personage que se puede decir que hace el bufo en el teatro de la naturaleza. El nombre que los naturalistas franceses dan á este extraño viviente es *Bernad l'hermite*, como si dixéramos *Bernardo el ermitaño*; pues como en nuestro idioma todavia se ha hablado muy poco de los insectos, este, bien así como otros muchos, carece de nombre entre nosotros.

Yo confieso á vmds. que si mi autoridad valiera en esto de nomenclaturas le quitaria á este insecto el nombre de *Bernard*; pero si le dexaria la segunda parte, que viene á ser su apellido, y le corresponde perfectamente; pues como un verdadero solitario ó ermitaño vive retirado de la sociedad de los demas animales, y encerrado en una casa á veces bien incómoda. Tambien hay otros autores que le llaman *le Soldat*, porque colocado dentro de su concha postiza, se asemeja mucho á un centinela que está en su garita.

Este animalillo, que se parece mucho al cangrejo, nace enteramente desnudo, y como por desgracia su pellegito es sumamente delicado, necesita buscar una cosa con que cubrirle para resistir la intemperie. Esto es lo único que hay que observar en el señor soldado ó ermitaño: así no me detendré sino en pintar á vmds. su tocador, es decir, sus dos operaciones de vestirse y desnudarse.

Para lo primero recorre la orilla del mar registrando quantas conchas encuentra, y tambien quantos huesos huecos, y quantas cáscaras de frutas se le pre-

sentan; pues no es tan petimitre que ande reparando mucho en la calidad del paño con que ha de vestirse. En efecto, despues de muchas investigaciones, elige una concha ó un hueso que le parece proporcionado, y metiéndose en él presenta un nuevo animal, ó por mejor decir, un animal tan extraño, que no tiene mas casa que su mismo vestido, ni mas vestido que su misma casa.

Pero esta casa ó este vestido es incapaz de crecer como crece su dueño, y así llega el caso de que ya le incomoda; entónces entra la operacion de desnudarse, que

tiene mucho mas que ver que la primera; bien es verdad que la executa con tanta velocidad que apénas se percibe. Para esto busca una hendidura de una peña, ó dos piedras que esten juntas, &c. se mete allí de modo que no pueda pasar su casa, y sacando de ella sus patas se afianza y hace esfuerzos para salir desnudo, dexándose allí su habitacion. Hecho esto se encoge quanto puede, y procurando no apartarse mucho de la yerba ó piedras que hay por allí, se da prisa á buscar otra concha nueva, teniendo la precaucion de apartarse lo ménos que

puede de aquellos cuerpos que le pueden librar de los rayos del sol ó de la impresion del ayre.

Ya conocerán vmds. que este animalillo es sumamente inocente y pacífico, pues metido en una casa que tiene que llevar consigo es muy poco acomodado para meterse en pendencias; pero sin embargo hay una ocasion en que estos pequeños imitadores de Diógenes en su tinaja, montan en cólera, y se baten furiosamente unos con otros. Esto sucede quando por casualidad dos ó tres de ellos llegan á un mismo tiempo á un hueso ó á una concha buscando ves-

tido: entónces ninguno cede su derecho, y la prenda de que se trata es el premio del vencedor. A la verdad, pocas veces nuestras quimeras y desazones tienen un objeto tan interesante como lo es este para estos pobres animalillos.

DON FERNANDO.

No hay duda que la adquisicion de una casa es un objeto de bastante conseqüencia, y merece bien que por él haya algunas disensiones entre esos señores ermitaños ó soldados: aunque si va á decir verdad, ninguno de los nombres creo que les pertenece, sino con mucha impropiedad.

DON CARLOS.

A mí tambien me parece eso mismo, pues aunque se quiera hacer alusion á su pobreza, ó á otra cosa semejante, siempre será una alusion traida, como dicen, por los cabellos.

ASTROLOGO.

Ya que hablamos de alusiones, me permitirán los insectos que corte el hilo á su historia para contribuir á la diversion de nuestra tertulia leyendo el extracto de una carta que leí en uno de los periódicos franceses, y que trataba este punto con una gracia tal que me lisonjeo merecerá el a-

precio de vmds., así como desde luego grangeó el mio.

Diciendo esto sacó unos papeles, y leyó de este modo.

Las alusiones y las agudezas se parecen mucho; pues ambas dexan de ser lícitas en el instante en que comienzan á ser ofensivas. Sin embargo, la alusion es mas perjudicial que la chanza; pues viene á ser como una arma que está á la disposicion del primero que llega, sea bien ó mal intencionado, sea sabio ó ignorante; y si es necesario mucho talento para saber chancearse sin peligro, no lo es menester ménos para in-

terpretar las alusiones, siendo incalculables las consèqüencias que puede tener el abuso en este punto.

La manía de hacer semejantes aplicaciones es el triste refugio del necio que quiere suplir por este medio el talento y las gracias que le faltan; y lo peor es que en general hay ciertos lectores que gustan de estas alusiones, de modo que aunque el autor no tuviese intencion de aludir á nada en su obra, se le supone esta intencion, y se le interpreta qual si la hubiese tenido, cosa que muchas veces ha sido muy perjudicial para ciertos escritores, como sucedió al

célebre Fenelon, que fué desterrado por las alusiones que la imaginacion de sus comentadores quisiéron suponer en la obra del Telémaco.

Un escritor holandes, llamado *Bevoriskio*, fué tambien víctima de este depravado gusto de hacer alusiones. Habia compuesto un libro muy voluminoso, en el que se leia un capítulo sobre la fisonomía, diciéndose en él que qualquier cosa la alteraba, y aun algunas la mudaban enteramente. Para apoyar este aserto citaba el autor el exemplo de Ciceron, y el de otro personage muy conocido en Holanda, que esta-

ba casi desconocido desde que le habia crecido mucho una berruga que tenia en la punta de la nariz. Publicóse este libro, y como era tan voluminoso como poco interesante, sin duda hubiera pasado desde la librería á las tiendas de los mercaderes si los inventores de alusiones no le hubiesen dado crédito en perjuicio de su autor. ¿Pero qué alusion se podia dar á una berruga en la punta de la nariz de aquel hombre? Vedla aquí. El Estatuder tenia en el extremo de la oreja izquierda una excrecencia que apénas se conocia; pero desde luego se supuso que Bevo-

riskio quiso figurar la oreja de aquel Príncipe quando habló de la berruga de la nariz del otro; y ya se dexa conocer que una oreja que crecia era un manantial abundante de muchas sátiras muy ofensivas. Con efecto, bien pronto no se habló de otra cosa que de las orejas del Estatuder, sin embargo de que no las tenia tan largas como los inventores de alusiones; y el pobre Bevoriskio, temiendo la indignacion de aquel potentado, á quien jamas habia mirado sino con la mayor veneracion, tuvo que abandonar su patria, y debió la pérdida de su tranqui-

lidad y de sus bienes á la berruga de Ciceron, y á la del otro su compatriota, ó por mejor decir, á la manía perjudicial é insensata de hallar alusiones.

Hay tambien cierta clase de hombres misteriosos que pasan la mayor parte del dia en exâminar una frase, escudriñando todos sus sentidos; y disecando, por decirlo así, todas sus palabras para sacar un resultado muy distante de las ideas del que la escribió.

Yo iba un dia á visitar á Mr.** (dice el autor de la carta que voy extractando) y apénas me recibió quando le ví cerrar cuidadosamen-

te sodas las puertas con la mayor circunspeccion, andar en puntillas, y hablarme del tiempo, de la salud, y de otros particulares indiferentes; pero todo en voz baxa, y como si se estuviesen dando á un Embaxador las instrucciones mas secretas. Sabeis, me dixo despues de esto, y con el mayor misterio, que el diario de hoy tiene mucha malicia. Ved aquí un párrafo que me ha hecho trabajar mas de dos horas, y que presenta un sentido muy particular. El párrafo es este. — "El conocido interes que ha tomado el Presidente Jefferson á favor de la

»vacuna, y los esfuerzos que ha-
»ce para promoverla ha merecido
»el mayor aprecio en todos los
»Estados Unidos, y continúa em-
»pleando todos los medios posibles
»para propagar este método entre
»las tribus salvages."

Quedé admirado sobremanera al oir esto, y buscaba en vano el *gran sentido* de un párrafo en que se trataba de la vacuna; pero despues de un momento de silencio me dixo el misterioso intérprete: ¿no adivinais lo que esto es? No por cierto, le respondí; ¿luego creeis buenamente, me replicó con ayre de compasion, que por esta pala-

bra *vacuna* se quiere dar á entender aquí la inoculacion del Cow-pox; pues sabed que aquí se trata de gobierno y de constitucion. Es claro que el Presidente Jefferson ha procurado civilizar los salvages vecinos á los Estados Unidos, y hacerles admitir la constitucion de esta república, aumentando así la extension y la poblacion de ella. — Pero á continuacion de ese párrafo que interpretais, le dixo, hay un pasage que habla de los salvages que se han hecho vacunar. — Y bien, repuso él, no sin algun enfado: ¿no veis que eso es para librar-

se de las conjeturas de los políticos, y no dexarse entender sino de los que estamos iniciados en estos puntos? Esta vacuna, os digo, no es sino la inoculacion de los principios republicanos.

Nada tuve que responder á unas razones tan concluyentes, y me despedí admirado de saber que vacuna y gobierno eran sinónimos; pero sin embargo, temí que esta nueva sinonimia fuese algo perjudicial á los pobres editores de aquel periódico.

DOÑA CLARA.

Los alusionistas son primos hermanos de los agoreros; pues to-

dos ellos encuentran relacion entre cosas sumamente remotas. Sonnerat refiere una cosa graciosísima en este punto. Los habitantes de algunos paises de la India Oriental acostumbran quando tratan sus bodas á salir de su casa muy de mañana para ir á acordar las capitulaciones matrimoniales entre las familias de los contrayentes; pero si quando van á esto hallan casualmente en la calle una persona que lleve un pellejo ó una vasija con aceyte se vuelven inmediatamente á su habitacion, y por aquel dia no hablan palabra del asunto, teniendo por perdido y perjudicial

quanto traten hasta que el sol se ponga, y concluya aquel dia aciago.

DON FERNANDO.

Una cosa llama á la otra; y así tengan vmds. la bondad de oir un cuentecillo al intento. Casó un jóven muy bien educado con una señorita de las que jamas saben ser buenas esposas ni buenas madres; y como á pocos dias de casado comenzase esta á darle algunos sentimientos, le dixéron sus amigos. ¿Qué querias aguardar si te casaste en Mártes? Hubiéraste casado qualquier otro dia, y hubieras hallado una muger qual correspondia á tus buenas qualida-

des. Todo eso será verdad, dixò el pobre hombre, y yo creo muy bien que la infelicidad de mi boda provendrá de haberla celebrado en Mártes; ¿pero vengan vmds. acá y díganme, mi muger por sus circunstancias no merecia haber encontrado un hombre brutal que la maltratase y despreciase? Todos le dixéron que así era, y él continuó; pues es cosa bien singular que habiéndonos casado en un mismo dia, yo hallé los malos efectos del Mártes, y mi parienta encontró los buenos de un Domingo; hallando un esposo cuyos únicos deseos son que viva feliz en

el santo matrimonio.

DON SEVERO.

Respuesta excelente, y la mas propia para burlarse de aquellos ignorantes amigos. A la verdad, aun hay muchos en el mundo que conservan cierto apego á esto de los agüeros. En la historia de Rusia se lee que los Lapones salen á caza de osos para pagar con las pieles de estos animales el tributo á que estan obligados. Quando llegan á matar alguno, temen que su alma vuelva á vengarse de sus asesinos, y para evitar este daño atan el cadáver á un árbol, y bailando al rededor exâ-

minan quantas heridas le hiciéron, y parando de rato en rato el baile el principal de la quadrilla se pone enfrente del oso muerto, y le pregunta: ¿quién te hirió en la cabeza? Los rusos, responden los demas, y siguen el baile. Vuelven otra vez á suspenderle, y le preguntan: ¿quién te hirió en el lomo? Los rusos, replican los demas compañeros, y así sucesivamente van echando á los rusos la culpa de todos los daños que ha recibido el oso, á quien quieren engañar de este modo para que en caso de tomar venganza desfogue su ira contra los rusos, y dexe

libres á sus verdaderos enemigos. Tales son los extravios y delirios á que nos expone la ignorancia; pero dexemos por ahora esta materia, pues aunque es corto el trecho que nos falta que andar, quizás el señor Don Cárlos podrá aprovechar este ratito contándonos alguna otra maravilla de las muchas que ofrece el ramo de los insectos.

DON CARLOS.

Una contaré á vmds. que á mi parecer supera todas las que he referido. Ya hemos visto insectos que hacen papel y carton, otros que construyen cuevas muy singulares, &c., &c.; pero ahora les

voy á presentar á vmds. una araña que forma su nido con ayre.

DON FERNANDO.

¿Con ayre nos dice vmd.?

DON CARLOS.

Si señor, con ayre, y van vmds. á ver inmediatamente como hace esto.

Una de las particularidades que ofrece esta araña, es que tiene su habitacion en las aguas, siendo así que las demas arañas que conocemos todas son absolutamente terrestres. Es un expectáculo sumamente gracioso el verla nadár de todos modos, ya panza arriba, ya de lado, &c. saliendo á veces

á tierra para cazar los insectillos con que se alimenta, y precipitándose con ellos debaxo del agua, donde tiene su habitacion. Comienza á formar esta sobre las piedrecillas ó yerbas que halla en el fondo del rio ó estanque donde vive, y para ello se sirve de su propia tela, lo mismo que todas las demas arañas. Hecho esto nada panza arriba, y sale á la superficie del agua dexando descubierto su vientre, el qual se halla revestido de una especie de barniz lustroso que impide que el agua se detenga sobre él. Se retira prontamente, y aquella am-

pollita que forma el ayre con algunas moléculas de agua, es la que baxa con mucha rapidez á depositar en su nido. Repitiendo la misma operacion, llega á formar un edificio aëreo, cuyo techo y paredes se componen de muchas telas sobrepuestas y muy apretadas que no dexan que se vaya ayre, proporcionando al insecto un alojamiento seguro y cómodo dentro de las mismas aguas.

DON SEVERO.

Tan extraño me parece eso como el que haya habido quien pueda observarlo.

DON CARLOS.

Amigo, en quanto á eso no salgo por fiador de la verdad; yo lo he leido en una obra francesa que tiene los mayores créditos entre los naturalistas. Lo he contado por contribuir á la diversion de todos; pero si vá á decir verdad, yo tambien dudo mucho de que esto pase al pie de la letra, segun aquel sabio lo escribió. Y pues ya estamos á la puerta de la posada, dexemos al insecto que busque ayre, y vamos á resguardarnos del que corre, que es bastante frio.

CONVERSACION X.

Hipótesis para explicar las metamorfosis de los insectos.

Al dia siguiente volvimos á nuestras conversaciones de historia natural, siendo Don Fernando quien la suscitó diciendo que entre quantas cosas habia oido de los insectos nada le admiraba mas que los diversos estados que tienen de oruga, crisalida, maripo-

sa, &c.; y que así desearia oir alguna explicacion de tan maravillosas mutaciones.

Don Cárlos le respondió así. No hay ninguna explicacion que sea capaz de borrar toda duda en este punto; pero sin embargo, diré á vmd. el parecer de algunos naturalistas de buena nota, advirtiendo que quanto digo es solo una mera opinion, y no se debe darla mas crédito que el que corresponde á una simple teoria.

Los quadrúpedos y las aves llegan al estado de perfeccion por una evolucion, cuyos grados son mas ó ménos sensibles. Organos

que no exîstian á nuestra vista, exîstian con respecto al embrion, y hacian en pequeño sus funciones esenciales. El término de su aparicion es lo que equívocamente se ha tomado por el principio de su exîstencia. Las mutaciones que padece el pollo (por exemplo) dentro del huevo se pueden comparar muy bien á las metamorfosis de los insectos. Baxo su primera forma no parece se diferencia ménos del pollo perfecto que lo que se diferencia la oruga de la mariposa. Pero esta y el pollo llegan á su estado de perfeccion por medio de una evolu-

cion; cuyos grados ó camino nos han descubierto los sabios observadores de la naturaleza.

Solo necesita la oruga unos cortos momentos para presentársenos baxo la forma de crisalida, y ya se sabe que esta solo es la misma mariposa envuelta ó engarzada; pero el insecto parece pasar repentinamente desde el estado de oruga al de mariposa. Antes de que se hubiese pensado en sospechar que todos los secretos de la naturaleza no estaban contenidos en los escritos de los antiguos, se miraban estas mutaciones como unas verdaderas metamorfosis, po-

niendo muy poco cuidado en explicar como pasaban. Pero en tiempos mas felices para la historia natural, se ha observado que la trompa, las alas y los cuerneccillos de la mariposa, estaban arrollados y plegados en la oruga, de modo que se acomodaban debaxo de sus dos primeros anillos. En las seis primeras patillas de esta estaban como empaquetadas las seis patas de la mariposa, y lo que es mas, se han llegado á descubrir en la oruga los huevos de la mariposa mucho ántes de su transformacion. Todas las partes interiores y exteriores de la mariposa que se han

descubierto en la oruga, habian adquirido en ella un tamaño considerable; ántes, pues, existian, y sin duda se hubieran descubierto en la oruga que acaba de nacer si el arte del hombre hubiera inventado instrumentos capaces de facilitar la observacion. Segun esto debemos deducir que lo que es el huevo respecto del pollo, es la oruga respecto á la mariposa. En esta se juntan, se disponen, y se ordenan los xugos destinados para facilitarse su desenrollamiento. Las entrañas de la oruga son los elaboratorios donde se hacen estas preparaciones.

Voy á amplificar esta explicacion hablando de las orugas; pues su clase es bastante conocida por pertenecer á ella el interesante insecto que se llama gusano de seda.

De tiempo en tiempo muda su piel la oruga, y ésto es lo que tiene de comun con los demas insectos. Estas mudas son las que en el gusano de seda se llaman enfermedades, y lo son realmente, pero lo que es digno de notarse es que la piel que dexa la oruga en cada muda es tan completa que parece una oruga entera, y que comprehende todas las partes exteriores del insecto.

No nos podemos figurar cómo la oruga llega á dexar estos órganos y toma otros semejantes; pero no hay cosa mas fácil de concebir, suponiendo que los nuevos órganos estaban metidos en los otros como en un estuche. Mudando la piel no hace otra cosa la oruga que sacar sus órganos exteriores de aquella especie de caxa que la venia estrecha. Es tan verdadero este supuesto que se nos presenta á la simple vista, y se puede demostrar con un experimento muy fácil. Si cerca del tiempo de la muda se cortan á la oruga las patas de adelante, saldrá

de su muda sin ellas. De esta suerte, el animal que considerábamos como un ser simple y único, era en algun modo un ser multiplicado ó completo de muchos seres semejantes empaquetados unos en otros, y que se desenvuelven sucesivamente.

De aquí nace una conjetura muy verosimil, y es que no hay inconveniente ninguno en que la crisalida estuviese colocada baxo esta última piel que vá á soltar la oruga, viniendo á ser esta piel como una máscara que la oculta á nuestra vista.

Swammerdam comprobó con un

experimento decisivo la verdad de esta conjetura, y fué el primero que tuvo la gloria de hacérnoslo conocer, descubriendo en una crisalida que las seis primeras patas de esta salian de las seis primeras de la oruga, y que todos los demas miembros de ella estaban puestos ó acomodados en las diferentes partes de la otra.

Así, pues, las metamorfosis de los insectos entran en la clase de los desenrollamientos, y confirman su sistema. La crisalida, ó por mejor decir, la mariposa (porque en sí no es mas que una mariposa envuelta) preexistia en la oru-

ga; pero ya es preciso decir como se obran estos desenrollamientos.

El las orugas el sacó intestinal está formado de dos membranas principales ó de dos sacos muy diversos metidos uno en otro. El exterior es compacto y carnoso, y el interior delgado y transparente. Algunos dias ántes de la metamorfosis, la oruga arroja su excremento, y con él la membrana que interiormente reviste su estómago é intestinos. Una materia crasa, amarilla por lo comun, que está extendida por toda la parte interior de la oruga, y que toma en ella el nombre de cuerpo

craso, se espesa mas y mas despues de la metamorfosis, y parece servir á la crisalida de lo mismo que sirve la yema del huevo al pollo. Durante la metamorfosia se ven unos manogillos de traqueas que salen de los estigmas de la crisalida, y que quedan unidos á la piel que se quita la oruga. Lo mismo se observa en las diferentes mudas que preceden á la metamorfosis. Inmediatamente ántes y despues de la transformacion todas las partes de la crisalida son de una suma delicadeza, y por grados insensibles van tomando consistencia. De lo qual se

podia inferir legítimamente que en los tiempos mas remotos á la transformacion la crisalida es casi un fluido. Lo superfluo de los licores que interiormente bañan todas las partes de la crisalida, ha de evaporarse para que estas partes adquieran el grado de consistencia que las conviene. Esto se executa por medio de una transpiracion insensible; pero algunas veces tan abundante que iguala á la vigésima parte del peso del insecto. Si se retarda esta transpiracion, lo qual se consigue, ya dando á la crisalida con un barniz que no pueda penetrar el agua,

ó ya colocándola en un parage frio, se prolongará su vida en razon directa de la diminucion de transpiracion. Al contrario será si se la expone á un ayre mas caliente que el que naturalmente hubiera sufrido, como, por exemplo, al de una estufa, pues entónces perece mucho mas presto, por manera, que este insecto que en su estado natural hubiera vivido algunas semanas, podrá prolongar su vida algunos meses, ó por el contrario terminarla dentro de pocas horas.

Casi lo mismo sucede con el huevo de la gallina; debe trans-

pirar, y mucho, por lo qual se le conserva fresco si se le da con un barniz que impida esta transpiracion.

Con estos principios vamos á formar una como teoria de las metamorfosis de que tratamos. Un insecto que se ha transformado cinco veces, por exemplo, ántes de tomar la forma de crisalida, es un compuesto de cinco cuerpos organizados é inclusos unos en otros, nutridos todos por vasos comunes. Quatro de estos cuerpos tienen la misma estructura esencial, y esta es la propia del insecto en el estado de oruga, y el quinto cuer-

po muy distinto es el de la crisálida. El estado respectivo de estos cuerpos sigue la proporcion de su distancia al centro del animal, es decir, que los que estan mas separados de él tienen mayor consistencia, y se desenvuelven mucho mas pronto. Quando el cuerpo exterior ha tomado todo su crecimiento, el otro, que inmediatamente le sigue, está ya muy desenvuelto, y se ensancha oprimiendo al de arriba que le cubre. En virtud de esta opresion, los vasos que nutren á este no pueden dar paso á los xugos nutricios, y así aquel pellejo se arruga, se seca;

y por último las abre, dexando salir al insecto vestido con una piel que nos parece que nace nuevamente quando no hace mas que aparecer, despojándose del velo que la ocultaba.

Una abstinencia de dos ó tres dias precede á cada muda, la que es muy probable dimane del violento estado en que entónces se hallan todos los órganos. De qualquier modo que sea, el insecto está siempre muy débil al salir de cada muda. Sus órganos se resienten todavia de la faxa que acaban de soltar; las partes escamosas, como lo son la cabeza y las

partes, no son entónces sino membranosas, y estan todas bañadas de un licor que se introduce ántes de la muda entre las dos pieles, y facilita su separacion. Esta humedad se evapora poco á poco, todas las partes toman su regular consistencia, y el insecto está en estado de obrar.

Habiendo visto como todas las partes exteriores del nuevo insecto estan como empaquetadas unas en otras, es fácil figurarnos en que consiste la produccion de los nuevos órganos, y en quanto á esto no puede haber diferencia alguna esencial entre las cinco mudas que he-

mos supuesto preceden á la transformacion. Aquí no hay mas que un simple desenrollamiento.

Pero no son absolutamente las mismas las mutaciones que suceden en las entrañas, ántes, despues, y durante el tiempo de la metamorfosis. Aquí, la luz que nos alumbraba desaparece casi del todo, y nos vemos precisados á vagar entre las tinieblas. Parece que el insecto no muda de entrañas como de piel. Las que existian en la oruga, existen aun en la crisalida; pero modificadas. La naturaleza de estas modificaciones, y el modo con que se hacen, es

lo que fuera digno de saberse, mas por desgracia aquí no vemos otra cosa que los resultados: lo cierto es que estas vísceras deben trabajar sobre alimentos mas delicados, y que la sangre que en la oruga circulaba desde la cola hácia la cabeza, circula al contrario despues de la transformacion, y siendo tan considerable este transtorno, ¿quál será el que padezca el interior del animal? Sin embargo, debo decir que si se cuentan las traqueas en el número de las entrañas hemos de confesar que el insecto muda estas; pues es cierto que nuevas traqueas substituyen á las anti-

guas, y nuevos pulmones á los primeros. Esto sucede; pero ignoramos el modo.

Al mismo tiempo que pasa este trastorno, se hace otro muy considerable para que el insecto tenga nuevos órganos que necesita en su actual estado, y le eran inútiles en el antiguo; pero esta operacion quizás será muy dolorosa para el insecto, y el supremo Hacedor de todas las cosas, que como padre de todas las criaturas, cuida de su conservacion, dispuso que el insecto caiga en un profundo letargo, que llamamos sueño, y entónces es quando despa-

cio, y por grados insensibles se verifica todo esto.

Allí la evaporacion de los humores aquosos y superfluos da lugar á que se acerquen y unan mas estrechamente los elementos de las fibras. De aquí nace un aumento de consistencia en todos los órganos. Los huequecillos que ocasionó en varios lugares la ruptura de muchos vasos se consolidan y llenan insensiblemente. Las partes que han sido violentadas, ó cuyas figuras y proporciones han sido modificadas hasta un cierto punto, se plegan por grados en estas mutaciones. Los fluidos, obli-

gados á correr por distintos canales, toman poco á poco esta direccion; por último, los vasos que eran peculiares á la oruga, y de los quales algunos ocupaban en su interior un lugar considerable, desaparecen y se convierten en un excremento líquido que arroja la mariposa despues de haber dexado la piel de crisalida. Finalmente, cada metamorfósis tiene sus particularidades que la preparan y la siguen.

Este es un breve extracto de lo mucho que dicen los autores sobre este punto; pero sin embargo de que he procurado explicarme con quanta claridad me ha si-

do posible, no me lisonjeo de que me hayan vmds. entendido.

Amigo, un punto tan obscuro como ese es muy dificil de explicar en una conversacion tan corta como las nuestras. Sin embargo, lo que vmd. nos ha dicho es suficiente para que formemos una idea aunque imperfecta de esta maravilla.

ASTROLOGO.

Cerca está la posada, y pues ya no hay tiempo para emprender nuevo asunto, oigan vmds. una oda para divertirnos un rato.

Entre las verdes matas
de una frondosa selva

estaba divertida
mi adorada Isabela.

Volaban por las ramas
oficiosas abejas,
chupando dulces xugos
de las flores diversas.

Una pica la rosa,
estotra en la violeta,
y otra mucho mas sabia
fué á picar á Isabela.

¡Ay cómo te engañaste,
dixo ella con presteza,
juzgando que mis manos
eran de flores hechas!

Ves, pobre animalito,
busca flores mas buenas;
y viendo su engaño,

se sentó en una piedra,

Mas vosotros, pastores,
que habeis visto á Isabela,
¿decidme, se engañaba
la simplecilla abeja?

DOÑA CLARA.

Esa pregunta de si la abeja se engañaba teniendo por flores las manos de Isabela, me hace acordar de un epígrama, que es este.

Fabio estaba enamorado
de la gallarda Vicenta,
y comparaba sus gracias
á la de las flores bellas.

Vióla un su amigo, y notando
que su edad no era muy tierna,
y estaba bastante flaca,

le dió esta aguda respuesta.

Bien haces en comparar
á las flores su belleza;
pero si lo haces, declara
que hablas por las flores secas.

DON SEVERO.

Ponderaciones de locos amantes; y pues ya estamos en la posada, hagamos pausa en nuestra divertida sesion.

CONVERSACION XI.

Cuento probando quan mal hacen los padres de familia en consentir que los niños arremeden los vicios de los demas.

Tienen las damas una gracia tan particular, que la mayor frio-lera en su boca toma un cierto ayre de importancia que no pue-de ménos de ser agradable á to-dos. Dígolo porque á pesar de ser

tan interesantes los puntos que en estas conversaciones se habian tocado, y aunque Doña Clara era la parte mas débil de la tertulia; pues no queriendo salir de la esfera de su sexô, solo nos divertia quando los demas nos instruian, nosotros siempre queriamos que hablase, la escuchábamos con particular atencion, y sus cuentos nos merecian mas aprecio que las noticias de Don Cárlos y Don Fernando, y las filosóficas reflexiones de Don Severo.

Así, pues, viéndose rogada este dia nos contó un cuentecillo gracioso, que por su moralidad me

ha parecido digno de insertarse, y es el siguiente.

DOÑA CLARA.

Supuesto que he de contar un cuento, y qúe es inaguantable el que carece de alguna moralidad, voy á referir uno, cuyo objeto es manifestar lo peligroso, que es acostumbrar á los niños á que arremeden á los demas. Esto, que en la primera edad se aplaude como una gracia, llega á ser en adelante un vicio detestable y capaz de tener las mas funestas conseqüencias, como vamos á ver bien pronto.

Milord Montagne fué por órden

de los médicos á tomar las aguas minerales de Clifton, y le acompañaban su esposa, y sus tres hijos, Federico, Sofia y Mariana. Como hombre instruido conocia quan importantes son en el resto de la vida las impresiones que en la niñez se reciben, y quanto pueden influir algunas circunstancias sobre el carácter de los niños, y por conseqüencia sobre su felicidad en lo sucesivo.

Dedicábase con el mayor esmero á que sus hijos, al paso que iban entrando en el teatro del mundo, viesen sus escenas baxo el verdadero punto de vista que deben

ser miradas. Se dice comunmente que es bueno que *los niños vean y juzguen por sí mismos*; pero á esto hay que replicar que por lo comun los niños no ven mas que una parte de los objetos, y son incapaces de abrazar el todo de las cosas. Las observaciones que hacen en el trato con sus padres ó demas personas, y las noticias particulares que toman, les conducen á formar un juicio erroneo acerca de los medios que han de emplear para buscar su felicidad, y acerca de otros puntos no ménos interesantes.

Por lo mismo estos dos espo-

sos tenian el mayor cuidado en elegir sus amistades, porque sabian que quanto se habla delante de los niños, forma involuntariamente una parte de su educacion, y así luego que llegáron á Clifton procuráron alojarse en una casa donde estuviesen solos; pero como es tanta la gente que acude á aquellas aguas minerales, no lo pudiéron conseguir, y tuviéron que tomar un quarto en una casa donde habia ya otros huéspedes.

Los quince primeros dias que estuviéron en el pueblo apénas viéron á los huéspedes que habia en el mismo piso, y era un Quakero y

su hermana. Los niños habian observado que era muy bonita y muy amiga de componerse, y aun habian notado tambien que quando esta señorita tomaba el coche, su hermano tenia el mayor cuidado de que la larga cola de su vestido no tocase al suelo, por lo qual habian caracterizado á este Quakero como el hermano mas fino y mas galan, y ella como la hermana mas afortunada del mundo.

Vivia tambien en la misma casa una señorita muy bulliciosa, y sumamente habladora. Su voz era la que únicamente resonaba por todas partes, y no pasaba un mo-

mento sin que se le viese ó en el balcon ó en la escalera. La primera vez que encontró á Mariana, la detuvo para hacerla mil cariños. — ¡Qué niña tan graciosa! ¡qué cara tan pulida! ¿cómo te llamas, hija mia? Yo me llamo Teresa Tatle, y soy la persona que mas te quiere. A la verdad bien hubiera podido omitir su nombre sin exponerse á ser desconocida; pues en todo el dia no se oia otra cosa que ¿está en casa Miss Tatle? ¿volverá pronto Miss Tatle?

No habia en el pueblo muger mas divertida que ella: tenia muchísimos amigos que adquiria, lle-

vando un registro exâcto de quantas personas iban á tomar las aguas, y sabiendo de memoria un sinnúmero de aventuras galantes y anécdotas que las pertenecian, con cuyos conocimientos ya se puede discurrir quanto papel haria en un parage donde nadie tiene que hacer otra cosa que beber agua y divertirse.

Tenia un papagayo que hablaba tanto como ella, y este animalito la facilitó la entrada en el quarto de Milord Montagne, cosa que habia procurado con el mayor empeño, valiendose para ello de hacer la corte á los niños.

Una mañana que Mariana iba por el corredor que separaba los quartos, y estaba abierta la puerta del de Miss Tatle, se detuvo á hacer fiestas al papagayo. Su ama no desaprovechó tan buena ocasion, la hizo pasar adelante para que viese despacio las gracias de su discípulo, y ademas la regaló una buena porcion de dulces, soborno segurísimo en la edad de Mariana.

La visita de esta niña proporcionó á Miss Tatle, la introduccion en el quarto de Milord Montagne; pero este y su esposa la recibiéron con tanta indiferencia

que no pudo entablar la amistad que habia meditado. Todo lo que pudo conseguir fué tratar con los niños. Por desgracia estos tres hermanitos no tenian iguales disposiciones á favor de su nueva amiga; Sofia la miraba con enfado, Mariana con indiferencia, y Federico con mucho cariño. Entretanto él supo grangearse el de Mariana, adulándola incesantemente, y tanto hizo, que la niña á fuerza de oirse aplaudir comenzó á creer que tenia mucho mérito, y que todos la miraban como una niña preciosísima. Tal era su vanidad, que ya se hacia mencion de ella

en las tertulias, y no tenia mas causa que los necios elogios de Miss Tatle, sin embargo de que esta quando hablaba con Mariana, y ensalzaba hasta los cielos sus ojos, su boca, &c. tenia cuidado de concluir la apología, diciendo, ya sabeis, hija mia, que las niñas *no gustan por lo bien que parecen, sino por el bien que executan.*

Mucho es lo que nos engañamos suponiendo que los niños son tan estúpidos que creen lo que oyen, quando es opuesto á lo que estan viendo. Todos ellos son muy buenos fisonomistas, y saben distinguir el gesto que acompaña á

exquisita merienda. De sobremesa rogó á Federico que la divirtiese un rato, y él lo hizo con mucho gusto, ayudado de su hermanita, que le habló en estos términos.

MARIANA.

Escucha, Federico :: ¿sabes lo que podemos hacer? arremedemos á Mr. y Madama Carboncle quando estan á la mesa.

MISS TATLE.

Sí, sí, veamos al Doctor Carboncle; ya me han contado que tiene la grosería de reñir con su esposa quando estan á la mesa, y mucho mas quando tienen convida-

do. Parece que jamas halla plato que le guste: veamos, pues, esta escena, que desde luego ha de ser sumamente divertida.

MARIANA.

Vamos, querido, ¿qué plato te gusta mas?

FEDERICO.

No digas *querido*: jamas llama así á su marido, sino que le dice Doctor.

MARIANA.

Pues bien: vamos, Doctor, ¿qué plato quereis que os sirva?

FEDERICO.

¡Qué plato! ¡qué plato! Madama, ninguno hay en la mesa

que valga dos quartos.

MARIANA.

Pero, Doctor, aquí hay unas anguilas excelentemente compuestas; yo bien sé que os gustan mucho.

FEDERICO.

Me gustáron, madama; pero ya no me gustan; ¡qué diablos! vos sereis capaz de hacer que aborrezca la vida. Todos los dias anguilas, y mas anguilas.

MARIANA.

Pero este estofado de vaca no me parece que puede disgustaros. ¿Quereis trincharle, Doctor?

FEDERICO.

¡Trinchar, madama! imposible: está duro como una piedra. Jaime, llévate ese estofado: quítamele de delante. Es buena cosa, madama, que desde que nos casamos no he podido comer un dia con gusto. ¿Que es eso que hay en ese plato que está tapado?

MARIANA.

Son ostras muy exquisitas.

FEDERICO.

¡Ostras, y las teneis tan cubiertas! miren el plato exquisito. Será porque no se evaporen.

MARIANA.

Vaya, querido, estos macarrones...

FEDERICO *aparte*.

No digas querido.

MARIANA.

Bien dicho está. Siempre le dice querido quando le tiene miedo, y entónces se pone descolorida: poco despues la vergüenza de verse tan mal tratada delante de gentes, la hace salir los colores al rostro, y apénas se atreve á mirar á nadie.

MISS TATLE.

¡Qué talento tan particular! copiar hasta los gestos mas tri-

viales. Por mi vida, señor Doctor, que me hareis morir de risa.

Federico entónces comenzó á comer groseramente, echándose de bruces sobre el plato, y abotonándose su casaca hasta la barba para no mancharse con la salsa. Miss Tatle lo aplaudia todo, y le rogó que imitase al Doctor despues que concluye su comida.

Hízolo así Federico, y segun su retrato, el señor Doctor no se levantaba de la mesa con mucho juicio. Por último, estas y otras copias molestáron tanto al imitador, que Miss Tatle juzgó le convendria tomar aliento con un va-

no se [illegible] espejo, y tiró de la campanilla para llamar á su criado.

Con efecto, inmediatamente que sonó la campanilla, abrieron la puerta del quarto; pero en lugar del criado de Miss Taile, vieron entrar dos deshollinadores (1). Madama, dixo el mayor de ellos, hemos oido sonar la campanilla de vuestro quarto, y hemos subido porque esta era la señal que nos dió vuestro hermano.

¿Quien es mi hermano, dixo Miss Taile? Mr. Eden, replicó el

(1) Son unos hombres, cuyo oficio es limpiar las chimeneas.

desollinador. Ya, ya te entiendo, continuó riendo Miss Tatle; creen que soy Miss Eden, hermana del Quakero nuestro vecino. La equivocacion lisongeó mucho á Miss Tatle, porque la tal dama era muy bonita, y así prosiguió riendo con muy buena gracia, y les dió las señas del quarto que buscaban; pero apénas saliéron del quarto quando obligada por su curiosidad natural, deseó saber qué buscarian aquellos desollinadores á tales horas en el quarto del Quakero. Su criado, que entraba al mismo tiempo con las luces, la respondió que no sabia lo que buscaban; pero

que iria á informarse inmediatamente. Con efecto, no tardó en volver á subir, diciendo: señorita, ved aquí la historia de esas negras figuras. Uno de estos dias pasados estaban los dos limpiando una chimenea cerca de casa; pero como el cañon era muy estrecho, el mas pequeño de ellos casi se ahogaba, sin que su hermano pudiese socorrerle; tanto gritáron los dos, que por fin fuéron oidos de nuestro Quakero, que pasaba por la calle, y subió á la chimenea tan á propósito que consiguió sacarlos del peligro. ¡Qué cosa tan graciosa! exclamó Miss Tatle: ¿y no per-

dió en esa operacion su peluca? Eso es lo que yo no sé, replicó el criado, y salió del quarto riendo la ocurrencia de su ama.

Volviéron de nuevo á la conversacion de las gracias de Federico, y Miss Tatle le propuso que arremedase al Quakero, asegurándole que no habia en todo el mundo un personage mas cómico, ni un modelo mas digno de exercer su habilidad. Solo falta, añadió esta señorita, que tratemos del modo de introducir á Federico en su quarto, pues este hombre no quiere tratar con sus vecinos. En quanto á eso, dixo Fe-

derico, era muy fácil, y diciendo y haciendo se puso á arremedar la voz de uno de los desollinadores. Miss Tatle exclamó: ¡ qué cosa tan original! ya comprehendo absolutamente todo el proyecto. En vano Mariana, que tenia mas juicio que su hermano, quiso oponerse á esta peligrosa burla; no la hiciéron caso, llamáron á uno de los desollinadores, y haciéndole dar sus vestidos á Federico, este se estuvo en la escalera hasta que el Quakero tocó su campanilla, y el otro desollinador subió oyendo la señal que esperaba.

Federico entró con él en el



Mariana casi se desmayo viendo á su hermano con una herida en la cabeza.

Ros. dib.º Miranda gr.º

quarto del Quakero, dexando á Mariana impaciente por saber el éxito de aquella escena. Poco duró su impaciencia; pues á poco rato se oyó un gran ruido en la escalera, y despues otro mucho mayor en la cocina. Mariana salió al corredor, y pareciéndola que eran voces como de algunos que reñian, rogó á Miss Tatle que la acompañase para saber lo que era aquello. Con efecto, baxáron juntas, y Mariana casi se desmayó viendo á su hermano con una buena herida en la cabeza entre un grupo de gentes que le sostenian. La causa de este golpe era que

Federico logró con efecto introducirse en el quarto del Quakero, y notar los gestos que hacia para hablar, teniendo cuidado de ocultarse siempre á la sombra de la pantalla del velon, á fin de que el otro desollinador no le viese la cara. El Quakero les dió alguna limosna, y quando baxáron á la cocina, Federico no solo comenzó á burlarse del desollinador, haciéndole ver como se habia engañado, sino que se puso á arremedar al Quakero. El desollinador, agradecido á los favores que debia á su protector, no sufrió semejante burla; Federico quiso continuar, y

trabándose ambos de palabra, llegáron á las manos, en cuya lucha sacó Federico la peor parte, como era muy natural sucediese respecto á las superiores fuerzas de su contrario.

Estando en esto llegáron los padres de Federico, y sabiendo el lance fuéron á la cocina. Mariana se arrojó inmediatamente á sus pies, pidiendo el perdon de su hermano. El Quakero, que tambien habia baxado oyendo el alboroto, interpuso sus súplicas á favor de Federico; pero el Milord aseguró á todos, que léjos de reprehender á su hijo, ni

CONVERSACION XIII.

Comienza Van Tseng su viage, y cuenta el motivo que tuvo su padre para salir de la China.

DON MARIANO.

Todos mis compañeros habian ya contribuido á la diversion de nuestra tertulia, y solo yo habia sido como el zángano de esta colmena, que disfrutando de la miel

de los buenos ratos, no trabajaba en su formacion. Mis compañeros notáron esto, y no queriendo consentir que fuese un miembro inútil, me rogáron contribuyese al plan que de comun acuerdo habiamos formado. En vano les hice presente mi corto talento, no quisiéron creerme, y fué necesario condescender con su gusto leyéndoles un quadernito que escribí con el objeto de dar á conocer las costumbres de los chinos, cosa á mi parecer tanto mas interesante quanto es muy poco lo que de esta nacion se ha escrito. Antes de comenzar mi lectura, les advertí que

no trataria de la poblacion, riquezas, fuerzas militares, &c. de aquel vastísimo imperio; pues semejantes puntos políticos interesan muy poco á los que como nosotros intentaban divertirse; y que me ceñiria únicamente á presentar las costumbres de los chinos, sus diversiones, y el estado de su literatura, segun habia podido conocerla por las obras que acerca de esta materia escribiéron el P. Duhalde, y los demas Jesuitas que viviéron largo tiempo en la China, y tuviéron proporcion de observar de cerca todos los usos de aquella nacion interesante.

Pareció bien mi plan á todos mis compañeros, y así comencé á leer de este modo.

Viage de Ven Tsong al imperio de la China.

Mi nombre es Ven Tsong, y mi patria la provincia de Chansi en el imperio de la China. Quando pequeño me llevó mi padre á Nagapatman, cuidad de los holandeses en la costa de Coromandel, y allí con el continuo trato de los extrangeros, recibí una educacion tan diferente de la de todos mis paisanos, que á no haber sido

porque mi padre tuvo cuidado de instruirme en la lengua de mi nacion, nada hubiera tenido de comun con los demas chinos. No dexaba yo de extrañar que ningun paisano nuestro venia á aquel pais; pero quantas veces pregunté á mi padre sobre la causa de nuestra salida de la patria, no conseguí otra respuesta que un torrente de lágrimas que le bañaba su venerable rostro. De este modo mortificaba mi curiosidad por no entristecerle, y me divertia aprendiendo quanto podia en las conversaciones con los comerciantes holandeses que llegaban á aquella ciudad.

Parece que el cielo me iba disponiendo, ó por mejor decir, me dispuso desde muy temprano para poder penetrar con fruto en un pais que funda su mayor felicidad en separarse del trato de los demas hombres.

Llegó un dia, cuya memoria todavia me hace verter lágrimas, á pesar de que desde entónces han corrido algunos años, y mi padre, sintiéndose con una enfermedad que comenzaba á declararse epidémica en Negapatman, me hizo acercar á su lecho, y mandándome cerrar las puertas y ventanas de su alcoba á fin de que no

pudiesen escucharnos, me habló de este modo en nuestro nativo idioma.

El poderoso Tien va, hijo mio, á cortar el hilo de mi vida, y él mismo sabe que solo siento la muerte por separarme de mi querido Ven Tsong. Ya conocerás que alguna gran causa me habrá precisado á retirarme de un pais de donde nadie sale para volver; y con efecto, muchas veces has renovado mis penas con tus freqüentes preguntas sobre este pnnto: jamas te he respondido; pero ya es indispensable romper el silencio, pues llegó el caso de que sepas

nuestras desdichas, y te apresures á mejorar tu suerte.

Nuestra patria es Chansi, la provincia mas querida del sol, y nuestra familia una de las mas distinguidas del imperio; y que siempre obtuvo los primeros cargos desde la Dinastia de Tsin. Mi aplicacion á las letras me proporcionó ascender al puesto de Mandarin de nuestra misma provincia; cosa raras veces vista en nuestro pais, y que prueba muy bien lo querido que yo era de nuestro Emperador; pero, hijo mio, las tierras en que hoy brillan las espigas del maiz, suelen ser el dia

de mañana destruidas por la piedra, y el rayo. Tuve la desgracia de que mi antecesor en el gobierno se portó de modo que se atraxo sobre sí la maldicion del pueblo. Hubo en el pais una gran carestia; y nuestro benigno Emperador envió muchas cargas de granos para repartir entre los infelices que se morian de hambre; pero el malvado *Toung ven* tuvo la osadía de apropiarse la mayor parte de aquel socorro, y distribuir no mas que una cantidad muy pequeña. Los clamores de los pobres llegáron hasta el trono de nuestro amado Señor, é

informándose de como no habia calmado la necesidad con el abundante auxilio que su liberalidad les habia proporcionado, supo con horror los fraudes del perverso Mandarin, y me nombró en su lugar, mandándole se presentase en la corte para recibir el castigo que merecia su fraude. Fuí, pues, á nuestra patria, y aun me acuerdo del modo con que el pueblo despidió á mi antecesor (1). Le es-

(1) Es inútil decir que en este viage se ha llevado la mira de presentar las costumbres de los chinos, introduciéndolas en la narracion á fin de evitar el tedio que por lo comun

pero á la salida del palacio, y quando él se lisonjeaba de que la muchedumbre le aguardaba para ofrecerle los presentes con que se acostumbra á significar el sentimiento de que dexen el gobierno los buenos Mandarines, solo halló las calles llenas de gente que le esperaba para insultarle, llenándole de improperios, llegando hasta obligarle á dexar su silla y caminar á pie, y lo que le fué mas sensible sin duda alguna, convidándole á permanecer en la ciu-

excitan semejantes noticias quando se presentan aisladas.

dad hasta que se hubiese comido los granos que habia ocultado. Yo escuché en mi palacio los gritos de la muchedumbre, y aun me extremezco quando me acuerdo de un pueblo irritado contra su gefe.

Comencé mi gobierno de un modo opuesto al de *Young Ven*. Nombré sugetos de mi confianza que repartiesen el maiz á los gefes de las familias, quise yo mismo presenciar sus distribuciones, y habiéndose consumido aquel socorro, y queriendo el Emperador enviar otro nuevo, le hice presente, que como yo era natural de aquella misma provincia, tenia pa-

rientes muy ricos, y les habia pedido una cantidad de granos, que sin ser desmedida, respecto á sus facultades, era muy suficiente segun mi cálculo para mantener al pueblo hasta la nueva cosecha que ya comenzaba á manifestarse en los campos, haciéndonos concebir esperanzas muy favorables. El Emperador me escribió diciéndome lo satisfecho que estaba de mi zelo, y el ministro que vino de su órden me entregó un villete de la misma mano imperial en que daba el título de *tercer padre de los pobres*. Ya se sabe que *Tien* es el primero, y el Emperador el segundo

con que ya puedes conocer lo mucho que me lisonjearia este favor.

Todo fue felicidad en aquella época. El pueblo, contentísimo con mi gobierno, no desamparaba dia y noche los patios de mi palacio, y quando llegó el dia de mi cumple años fue extraordinaria la alegria de todos. Habia mucho tiempo que no se conocia en la provincia una fiesta igual á aquella, y yo mismo me sorprehendí, pues no podia creerme tan amado.

Por la mañana (1) recibí un re-

(1) Esta ceremonia es la mas honorífica entre los chinos, y con efec-

cado de los letrados de la provincia por el que me suplicaban saliese de mi sala reservada para recibir en la de audiencia el *Ouan gin y*, ó vestido de honor que me iban á presentar. Yo le respondí que no me era posible prestarme á un honor tan distinguido: que aquella señal de su amor era, como sabian, tan extraordinaria que habia muy pocos exemplos de ella, y que ademas era la reservada para honrar á los mas sabios mandarines, de cuyo número yo mis-

to en su historia se ven muy pocos exemplares de ella.

mo conocia que debia ser excluido, á pesar de que confesaba ingenuamente mis sinceros deseos de acertar en el desempeño de mi cargo.

La respuesta á mis excusas fué repetirme la súplica de modo que me ví precisado á salir á la sala exterior donde hallé los letrados formados en dos filas, y detrás de ellos una infinidad de gente que habia acudido á ver la ceremonia. El título *de tercer padre de los pobres* que me habia conferido el Emperador, resonaba en las bocas de todos, y añadian las mas lisongeras expresiones, pidiendo

al cielo por mi felicidad y la de mi familia.

El letrado mas antiguo me presentó el *Ouan-gin y*, que es un vestido hecho de pedazos de raso de todos colores, y al tiempo de vestírmele me advirtió que aquellos diferentes colores significan los diversos vestidos que usan las naciones del mundo, y que con esta demostracion mis súbditos me reconocian por padre de todas ellas.

Hecho esto pasáron á la ceremonia con que se acostumbra á cumplimentar á los mandarines el dia de su cumple-años. Entráron los principales de la ciudad á ofre-

cerme unas caxas de charol divididas en doce divisiones, llenas de dulces, y adornadas de flores, y postrándose en mi presencia, se levantó el mas ilustre, y tomando una copa llena de vino que le presentó un criado, la elevó con las dos manos hácia el cielo, diciendo: *Fotsieou*, que quiere decir: *este es el vino que da la felicidad*. El que le seguia me presentó tambien su copa, diciendo: *Cheou tsieou*, ó *este es el vino que da larga vida*; y por último, el tercero me presentó con la misma ceremonia tambien las confituras, diciendo, segun costumbre, esta es la azucar que di-

lata la vida, y causa la felicidad.

Te cuento estas ceremonias, no solo porque las ignoras, sino tambien para que sepas los honores que ha merecido este anciano olvidado de todos, y pronto á morir á tanta distancia del sepulcro de sus padres. Por último, hijo mio, se concluyó el tiempo de mi mandarinato, y el pueblo me vió partir, testificándome el dolor que le causaba el haber de perderme. Quando me restituí á Pekin hallé que ocupaba el puesto de primer Colao un pariente del malvado *Toung Ven*; y que por consiguiente este era uno de los man-

darines mas estimados de la Corte. Yo seguramente no le aborrecia, ni á la verdad tenia fundamento para ello; mas él me conservaba un odio mortal. La noticia del obsequio que mis súbditos me hiciéron el dia de mi cumple años, le habia hecho acordar del modo con que salió de la provincia; y esta diferencia de suertes le hacia aborrecerme como si yo hubiese tenido la culpa del odio que él se habia grangeado. Así solo pensaba en tomar venganza de este soñado agravio, y un dia se le presentó la ocasiom mas favorable para conseguir su deseo, En-

contrámonos por casualidad en la calle, á pesar de lo mucho que los dos lo evitábamos, como hacen todos los mandarines, que si lo pueden evitar, jamas se encuentran, por la molestia que traen las ceremonias, con que precisamente se han de cumplimentar uno á otro. Cumplimos ambos con ellas; pero como mi contrario deseaba ocasion de calumniarme, hizo presente al Emperador que yo le tenia odio ensoberbecido con el aprecio que merecia al pueblo, y que así habia llegado mi orgullo hasta el extremo de no saludarle quando nos habiamos encontrado. Si esto hubie-

ra sido así, seguramente yo era culpable. Fuí llamado á palacio, y el Emperador, instado por su primer Colao que le sugirió la idea de que convendria moderar un poco mi orgullo, á fin de que mi virtud no fuese perjudicial al imperio, dándome ocasion de abusar de la estimacion pública, me reprehendió, y me dixo que me preparase á recibir los golpes del *Pan-tsèè*, instrumento con que en nuestro pais se acostumbra á castigar las faltas mas ligeras. Es cierto que este castigo, quando no pasa de veinte golpes, nada tiene de infame. Los que yo sufrí solo fué-

ron diez y seis, esto es, no mas que doce, porque de cada quatro quita uno el Emperador; pues en su clemencia tres golpes se cuentan por quatro. Despues de esta ceremonia está obligado el que sufre este castigo á postrarse tres veces delante del Emperador, dándole gracias por el cuidado que tiene de corregirle (1); pero yo en

(1) En la China, no solo el Emperador se considera como padre de sus vasallos, sino que tambien aspiran á este título todos los que tienen algun cargo en el gobierno. Así es que todos castigan al pueblo por las faltas mas ligeras, como es una palabra

vez de tener esta humildad, salí precipitadamente de palacio, y aun tuve la osadía de enviar al Emperador el *Ouan gin y* que habia recibido el dia de mi cumple años, con un villete en que le decia que pues habia olvidado que mi contrario Young Ven le habia ocultado los granos que destinaba su clemencia para socorrer la necesidad de los pueblos, tuviese tambien la bondad de condecorarle por su mano con aquel trage de ho-

obscena, una falta de respeto, &c. y son muy pocos los chinos que se libran de recibir alguna vez en su vida los golpes del *Pan tsèè*.

nor que él jamas sabria merecer por sus acciones; y que por consiguiente solo podia recibir de mano de un Emperador que se complacia en humillar á los mandarines mas zelosos en el desempeño de sus obligaciones.

Este fué un insulto á la Magestad imperial: yo me arrepentí tarde de mi ligereza, y no tuve mas remedio que abandonar la capital para evitar el castigo que habia merecido; y poco despues me ví precisado á abandonar todo el imperio para librarme de una prision terrible. Por fortuna habia muerto tu madre y tus dos her-

manos, y así solamente contigo tuve proporcion de ocultarme de los que me buscaban, y venir á esta ciudad atravesando distancias muy considerables.

Esta es, hijo mio, la causa de nuestro destierro. Mi muerte se acerca, y tú no debes vivir separado del resto de tus parientes. Quizás el Emperador actual será mas amante de la virtud, y el supremo *Tien* que gobierna el mundo habrá dispuesto el castigo del Colao y de Young Ven, que causáron mi ruina. Ve, hijo mio, á tu patria luego que yo muera, y viaja para instruirte, acordándote

del dicho de nuestro buen Emperador *Tai-tsong*, que habiendo perdido á su primer Colao, el hombre mas virtuoso que tuvo el imperio, y honrando su sepulcro con un epitafio que dictó por su misma boca, se volvió á sus cortesanos, y les dixo: tres espejos tenemos; el de acero, que sirve para que se adornen las mugeres; el de los escritos donde tomamos las máximas de los antiguos sabios; y el de todos los hombres, que nos sirve para reformar nuestras acciones imitando las buenas que vemos, y apartándonos de las malas. Este espejo, hijo mio, se logra viajando; y así

podrás llegar á tu antigua casa, y disfrutar de tu fértil hacienda con la ventaja de ser mas sabio que todos tus paisanos, que jamas han salido de su pais, ni han visto otras costumbres que las suyas.

Esto dixo mi padre, y con efecto solo sobrevivió doce dias.

CONVERSACION XIII.

Ven-tsong sigue su relacion, y describe los funerales que se acostumbran en la India Oriental.

DOÑA CLARA.

Señores, nadie habla palabra, no sea que se enrede la conversacion en términos que el Señor Don Mariano no pueda continuar con-

tinuar contándonos el viage de Ven-tsong, que si mal no me acuerdo, quedó llorando la muerte de su buen padre.

DON MARIANO.

Así fué con efecto, y ved aquí como sigue su relacion nuestro viajante.

Por último, llegó el dia de la muerte de mi padre, y apénas espiró quando tuve que reprimir el justo dolor que su pérdida me inspiraba, para entregarme á un sinnúmero de ceremonias tan ridículas como indispensables en el pais que habitaba. A la verdad, mi pa-

dre jamas habia desamparado la religion de nuestros mayores; pero como hubiera pasado en la India Oriental como un irreligioso, si no se hubiese declarado discípulo de aquellas sectas que en el pais se conocen con el nombre de sus patronos el Dios *Chiven*, ó el Dios *Vichenou*, se subscribió á esta mas por un efecto de la casualidad que de la eleccion. De este modo fué preciso arreglar la pompa fúnebre al ceremonial que esta secta prescribe.

Mi primera diligencia fué avisar á todos los amigos de casa, quienes inmediatamente concurriéron con

sus hijas y mugeres (1). Al punto resonó toda la calle con los gritos mas furiosos, y los alaridos mas terribles: las mugeres particularmente parecian frenéticas: se hubiera creido que cada una de ellas habia perdido en mi padre un amante ó un esposo, segun lo descompasado de sus gritos, y lo descompuesto de sus acciones. Unas se querian arrojar por las ventanas, otras cogian un palo, y haciéndole con la mayor prontitud una

(1) Esta relacion está tomada del viage que de órden del Rey de Francia se hizo á la India Oriental en 1780.

agudísima punta, amenazaban metérsele por los ojos ó por el pecho. Los asistentes atendian á contener el exceso de su dolor; pero miéntras estaban ocupados en esto no faltaban algunas, que arrojándose sobre el cadáver, pronunciaban repetidas veces el nombre de mi padre, añadiendo las mas cariñosas expresiones; y por último no desistian del empeño de tenerle abrazado hasta que se las sacaba por fuerza.

Sin embargo, la mayor parte de estas mugeres veian por la primera vez á mi padre en su cadáver; pero tal es la fuerza de la

costumbre que hace llorar, sin que el corazon tenga parte en aquellos sentimientos. Repentinamente se terminó esta escena de dolor, para dar lugar á otra enteramente contraria. A los llantos muy amargos sucediéron las canciones fúnebres, y si mi verdadero dolor me lo hubiese pertimitido, hubiera reido mucho al ver aquella porcion de gente enxugarse tranquilamente sus fingidas lágrimas, y ponerse á cantar con el mayor descanso.

Presidia todas estas ceremonias un Brama, el que despues de haber tomado un baño con la mayor

afectacion, cogió una hoja de una yerba llamada *Herbé*, que entre aquellos pueblos ignorantes está reputada como sagrada, y la ató en forma de anillo al dedo anular de la mano derecha del cadáver. Hecho esto me tocó á mí, como pariente mas cercano, llamar á mi padre, repitiendo su nombre y el de nuestra familia, despues de lo qual yo, y todos los presentes conmigo, rogamos á Dios por la felicidad del difunto, deseando que los astros no se opusiesen á ella, y que nada contrario encontrase en la tierra, en el ayre, ni en los cielos.

Siguiéronse á esta otras muchas ceremonias, una de las quales fué cortarme el pelo en presencia del cadáver para aliviarle de las penas que merecia por sus culpas, y la principal ceremonia sin duda, y la mas apetecida de los Bramas, fué la que terminó toda esta primera parte de los funerales. Consistió, pues, en presentar al Brama una vaca muy hermosa, acompañada de otros muchos presentes, rogándole que por estos dones interpusiese sus oraciones por la felicidad del difunto.

He dicho que todo esto no era mas que la primera parte de la

pompa fúnebre, mediante á que esto no es mas que un preludio de ella, y se hace en la misma casa del difunto. La principal, y que con razon debe llamarse funeral, se hace en el campo. Para esto se buscáron quatro hombres de la Tribu de los *Parias*, que son los mas infames de la nacion, y una de las principales causas de la vileza es el llevar los cadáveres, siendo cosa por cierto muy graciosa que entre estos ignorantes sea deshonor enterrar los muertos quando entre los sabios chinos es una honra que se procuran los mismos mandarines. Pusimos el cadá-

ver en un *palanquin*, que es como una especie de andas, despues de haberle lavado y haberle puesto en la frente la señal de su secta, adornándole con sus mejores vestidos, y metiéndole en la boca una porcion de *betel*, como si necesitase algun alimento un cuerpo ya abandonado del alma. Abrian la marcha dos músicos con sus *tarés* ó trompetas, y mezclaban sus penetrantes sonidos con el ronco eco de una porcion de tambores que confusamente sonaban todos á un tiempo en torno del palanquin que iba cubierto de flores. Todos los demas nos vestimos con unas to-

hallas que nos cubrian de pies á cabeza, y bien pronto resonáron por todas partes las alabanzas del difunto, siendo muy notable que todas aquellas alabanzas eran vanas frases sin sentido alguno. Yo solo, sí, yo solo repetia en voz baxa el títnlo de *tercer padre de los pobres*, que el Emperador de la China habia dado á mi buen padre en tiempos mas felices, y cuyas palabras valian mas que todos los elogios mercenarios de aquella tropa de afligidos de teatro.

Llegamos con este órden al campo, y puesto en tierra el palanquin, se trazáron quatro surcos,

y se hiciéron varios sacrificios de arroz en honor de los espíritus aëreos, que segun creen los indios, habitan las sepulturas, y los lugares cercanos. Pincháron repetidas veces la nariz del cadáver, le tocáron su estómago, le rociáron con agua, y redobláron junto á sus oidos el estrépito de tambores y trompetas; todo con el fin de asegurarse de que estaba muerto: y como por mi desgracia era esto demasiado cierto, se volvió á tomar el camino dirigiéndonos al parage donde estaba prevenida la hoguera. En este sitio hay una gran piedra levantada cerca del *Chodo-*

let, ó lugar destinado á quemar en él los cadáveres, y por ella está representado el Rey *Antchandren*, Monarca virtuoso, que hallándose esclavo del gefe de los Parias le mandó su amo que cuidase del *Chodolet*, y percibiese los derechos que se deben pagar por quemar los cadáveres. Enterramos delante de esta piedra algunas monedas de cobre, un pedazo de tela nueva, y un puñado de arroz; y luego uno de los Parias, llegándose á la piedra, dixo á Antchandren, que estando ya sasisfechos los derechos no habia inconveniente ninguno en de-

xar pasar el cuerpo. Nada respondió el buen Antchandren; pero nosotros, suponiendo su permiso, volvimos á formarnos de nuevo, y habiendo cortado al cadáver las uñas y los cabellos, se empezó á formar la hoguera hecha de una madera particular, que dicen contribuye mucho para la felicidad del dîfunto. Colocamos sobre ella el cadáver con la precaucion de ponerle en las manos y en los oidos una buena porcion de comestibles, á fin de que no le faltase alimento en el camino que emprendia, y por último se trató de pegarla fuego; cosa

que me estaba reservada como pariente mas cercano: pero yo estaba tan afligido que casi lo rehusaba, por lo qual poco faltó para que aquellas gentes me juzgaran como irreligioso, y digno de los mayores castigos. Cogí un pedazo de tea en una mano, acomodáronme en la espalda un cantarillo lleno de agua, y caminando hácia atrás llegué á pisar la hoguera, y encendí el fuego que debia consumir el cadáver. Es ceremonia precisa tirar el cántaro luego que se conoce está prendida la llama, y seria señal muy funesta si el cántaro al caer no se rompiese.

Por mi fortuna todo salió bien, y yo corrí á zambullirme en un estanque sagrado que hay en aquel parage, y con el fin de que se purifiquen los que encienden la pira. Todo esto se hizo acompañando el ruido de los tambores y trompetas, y redoblando los asistentes la confusa algazara de sus lamentos.

Este largo ceremonial aun no estaba concluido. Fué preciso que todos se bañasen, y luego se dispuso una comida para los cuervos que freqüenten aquel sitio, sirviéndoles arroz y otros manjares sobre una piedra, que hace veces

de mesa, y se purifica con mil ceremonias ridículas; y en fin concluida enteramente la hoguera derramamos gran cantidad de leche sobre sus restos, y juntamos escrupulosamente quantos huesos pudimos encontrar, y los depositamos en un cántaro hecho á propósito para conservarlos hasta que hay proporcion de echarlos en algun rio sagrado, ó si puede ser en el Ganges mismo, cosa que se cree sirve de particular alivio al alma del difunto.

Muerto mi padre no habia cosa ninguna que me hiciese retardar el cumplimiento de las órdenes

que me habia dado, regresando á mi antigua casa en la provincia *Chan-si*. Sin embargo, era preciso dar algun pretexto para mi viage, y le encontré felizmente, fingiendo que el difunto me habia encargado que no fiase á nadie sus últimos restos, sino que yo mismo fuese á depositarlos en las sagradas aguas del Ganges, y en un determinado parage, que solos los dos sabiamos. Esto bastó para facilitar mi salida, y habiendo juntado quanto dinero y quantas provisiones me fué posible, comencé mi viage despidiéndome para siempre de aquel pais, y saliendo de mi ca-

de mesa, y se purifica con mil ceremonias ridículas; y en fin concluida enteramente la hoguera derramamos gran cantidad de leche sobre sus restos, y juntamos escrupulosamente quantos huesos pudimos encontrar, y los depositamos en un cántaro hecho á propósito para conservarlos hasta que hay proporcion de echarlos en algun rio sagrado, ó si puede ser en el Ganges mismo, cosa que se cree sirve de particular alivio al alma del difunto.

Muerto mi padre no habia cosa ninguna que me hiciese retardar el cumplimiento de las órdenes

que me habia dado, regresando á mi antigua casa en la provincia *Chan-si*. Sin embargo, era preciso dar algun pretexto para mi viage, y le encontré felizmente, fingiendo que el difunto me habia encargado que no fiase á nadie sus últimos restos, sino que yo mismo fuese á depositarlos en las sagradas aguas del Ganges, y en un determinado parage, que solos los dos sabiamos. Esto bastó para facilitar mi salida, y habiendo juntado quanto dinero y quantas provisiones me fué posible, comencé mi viage despidiéndome para siempre de aquel pais, y saliendo de mi ca-

de mesa, y se purifica con mil ceremonias ridículas; y en fin concluida enteramente la hoguera derramamos gran cantidad de leche sobre sus restos, y juntamos escrupulosamente quantos huesos pudimos encontrar, y los depositamos en un cántaro hecho á propósito para conservarlos hasta que hay proporcion de echarlos en algun rio sagrado, ó si puede ser en el Ganges mismo, cosa que se cree sirve de particular alivio al alma del difunto.

Muerto mi padre no habia cosa ninguna que me hiciese retardar el cumplimiento de las órdenes

que me habia dado, regresando á mi antigua casa en la provincia *Chan-si*. Sin embargo, era preciso dar algun pretexto para mi viage, y le encontré felizmente, fingiendo que el difunto me habia encargado que no fiase á nadie sus últimos restos, sino que yo mismo fuese á depositarlos en las sagradas aguas del Ganges, y en un determinado parage, que solos los dos sabiamos. Esto bastó para facilitar mi salida, y habiendo juntado quanto dinero y quantas provisiones me fué posible, comencé mi viage despidiéndome para siempre de aquel pais, y saliendo de mi ca-

sa mucho ántes de que el sol pareciese.

Bien se puede creer que no pensaria en seguir el camino del Ganges, y que todo mi cuidado seria dirigirme á facilitar mi salida de la India Oriental, embarcándome para el primer puerto de la China. No fué esto muy fácil; pero sin embargo tuve la felicidad de lograr una ocasion oportuna en un navio ingles que iba á Canton; y como desde mi niñez traté tanto con los extrangeros, hablo tal qual el ingles, y esta circunstancia me sirvió de mucho para facilitar mi viage.

Apénas llegamos al puerto quando me dí á conocer por hijo del pais, y haciendo ver quien fué mi padre, obtuve el permiso de pasar tierra adentro, dirigiéndome á Pekin con intento de presentarme al Emperador para que conociese en mí un fiel vasallo que deseaba imitar los buenos servicios del antiguo Mandarin de la provincia de Chan-si.

Aunque hijo de la China, desconocia absolutamente las costumbres de mi patria, y apénas me atrevia á dar un paso, por el temor de quebrantar las leyes de la política, en que son muy escru-

pulosos los chinos. Mi fortuna me proporcionó un compañero con quien hice amistad, y se alegró mucho de ir acompañado en el dilatado viage que emprendiamos. Como este era por un canal, no nos sucediéron en él cosas dignas de saberse, solo sí diré que la necesidad de ir todo el dia juntos me hizo estrechar amistad con mi compañero, y despues de contarle quien era, y la intencion que me llevaba á la Corte, comenzó él por su parte á entretenerme con varios discursos. Sin duda creyó que estando yo criado léjos de la patria tendria mucha necesidad de que se me ins-

truyese en sus cultos religiosos, por lo qual muy en breve empezó á iniciarme en los misterios de la secta de *Tao tséé*, que es la que corre con mayores créditos entre los chinos. Me habló con entusiasmo del nacimiento de esta secta, cuyo inventor, el filósofo Lao-Kuin, estuvo ochenta años en el vientre de su madre, hasta que él mismo facilitó su salida, y abriéndola el costado izquierdo se manifestó al mundo para dar un expectáculo nunca visto. Este bello niño Octagenario estableció una secta llena de misterios extravagantes, y de secretos tan verdaderos como

la bebida de la inmortalidad que inventó y acreditó fingiendo se la habian revelado los espíritus celestes, escrita con unos caractéres mágicos en un libro que se halló un dia colgado en la puerta principal de la Corte. Casualmente la noche que precedió á este feliz hallazgo era muy obscura, y los discípulos de esta secta no desaprovecháron semejante circunstancia para poner en aquel lugar el libro milagroso. Lográron perfectamente su intencion; pues el Emperador *Tchin Tchou*, que entónces reynaba, fué á pie hasta aquella puerta, y recibiendo el libro

con el mas profundo respeto le llevó en triunfo hasta su palacio, y le depositó en un precioso cofre de oro, donde todavia se conserva.

Escuchaba yo todas estas relaciones lo mismo que si me contaran un sueño, pues enseñado por mi padre desde muy niño á venerar el supremo *Tien* no podia creer en semejantes ridiculeces. A la verdad mi padre me enseñaba cosas mas conformes á mi razon (1), y

(1) En la China hay varios dogmas religiosos, los unos muy absurdos, otros no tanto, y algunos de

estas luces adquiridas en mi niñez tomaron mas incremento con el trato de los ingleses y holandeses en Negapatman; pues en quanto á la religion, piensan seguramente mucho mejor que mis paisanos los chinos.

Sin embargo, yo fingia condescender con las ideas de mi compañero, y poco á poco me fui gran-

ellos bastante razonables, pues consisten en creer un Supremo Hacedor de todo, que premia y castiga, &c.; bien es verdad que á esto mezclan la idea de la Metampricosis, ó paso de las almas de unos cuerpos á otros. Sin embargo, hay chinos que niegan esto, y creen en el supremo Tien.

geando su confianza en términos que quando llegamos á la capital me presentó á todos sus amigos, contribuyendo mucho al buen éxîto de mis pretensiones, y proporcionándome ademas las diversiones que se disfrutan en la sociedad, en cuyo punto me detendré particularmente por ser todas cosas sumamente extrañas y muy dignas de saberse.

DON CARLOS.

Poco nos falta para concluir la jornada; pero aun tenemos lugar para que mi señora Doña Clara nos diga algun epígrama como el que dixo el otro dia.

DOÑA CLARA.

Por fortuna puedo complacer aun con uno que me acuerdo, y se compuso para dar los dias á una vieja que no queria parecerlo, y dice así.

Epígrama.

Lesbia, si te doy los dias
es inútil diligencia;
pues ya el tiempo te los da
mas pronto que tú quisieras.
Recordarte que años cumples,
paréceme que es ofensa,
quando de los que cumpliste
mas de la mitad te pesan.

Desearte muchos dias
como este fuera demencia:
¿qué serás si vives mucho,
quando en el dia eres vieja?
Y pues no sé qué decirte,
merézcate la fineza
de que creas que deseo
lo propio que tú deseas.

DON FERNANDO.

Pues se trata de epígramas, ahí va este á un comerciante.

Un cormenciante avariento,
cuya fama no era buena,
tuvo un hijo, y este niño
se quebró. ¡Fortuna adversa!
Supiéronlo sus contrarios,

y dixéron, nadie sea
tan atrevido que fie
de Don Narciso su hacienda;
¿qué hará con los bienes de otros
su avaricia manifiesta,
quando en su casa aun los niños
nos dan exemplo de *quiebras*?

CONVERSACION XIV.

Cuenta Van-tsong los convites de ceremonia que se usan en la China: asiste á la representacion de una tragedia.

DON MARIANO.

Señores, si vmds. gustan continuará Ven-tsong la relacion de su viage, y nos dirá el modo con

que le obsequiáron en Pekin.

DON SEVERO.

Sígala en hora buena, que á todos nos dará gusto; pues ya suponemos que los chinos serán en sus diversiones tan extraños como lo son en todas sus cosas.

DON MARIANO.

Van vmds. á verlo inmediatamente.

Como mi compañero era de las familias mas distinguidas de la Corte, y como habia estado ausente de ella por algunos meses, sus amigos se empeñáron en renovar su antigua amistad, mediante sus acostumbrados banquetes, en tér-

minos que no solo le obsequiáron con los convites regulares, sino que hubo algunos de aquellos magníficos. Tal fué el que le dió *Psing ting*, mandarin de guerra, muy estimado del Emperador, y que poseia inmensas riquezas.

La víspera de este banquete recibimos un villete doblado repetidas veces, y en cada doblez un sobrescrito particular, metido todo él en una banda de seda verde, y luego en una preciosa caxita. El objeto de este villete era avisar á mi amigo que estuviese dispuesto para ir al otro dia á la casa de quien le convidaba. Lle-

gó la mañana, y recibimos otro villete igual, previniendo la hora en que debia comenzar el festin, y suplicando á su amigo que para aquella hora tuviese despachados todos sus negocios, en términos que nada le impidiese asistir á la fiesta preparada. Por último, llegó este instante tan anunciado, y vino otro criado con un tercer villete en que avisaba que todo estaba ya prevenido.

Con esta noticia pasamos á la casa del liberal *Psing-ting*, acompañados de todos los criados de casa; pues estos convites se extienden á todas las familias de los convidados.

Salió á recibirnos el amo de casa, y habiéndonos prodigado toda suerte de finezas nos introduxo en una gran sala donde estaban puestas las mesas. Estas eran tantas como los convidados, pero todas sin manteles, y guarnecidas de una infinidad de platos con los manjares mas exquisitos. Llevó á mi amigo á ocupar una que estaba en lugar privilegiado, y aunque hubo una larga serie de cumplimientos y excusas, al fin cedió. No fuéron menester ménos palabras para que nuestro *Psing ting* se sentase á la mesa inmediata; pues sostenia que su asiento de-

bia ser en la última. Yo, viendo que todos trataban de excusarse á tomar sus asientos, contribuí por mi parte á aquella ridícula algazara de excusas y sumisiones, hasta que me obligáron á sentarme en la que quisiéron, que por fortuna fué junto al amo de casa. No concluyéron aquí las ceremonias. Los chinos no tienen tenedores, y en su lugar se sirven de un bastoncillo de évano, terminado en punta. Vino un criado á ofrecer el suyo á mi compañero, y se volviéron á renovar las excusas pasadas. En fin, cada qual tomó el suyo, y comenzáron á ser-

vir los manjares; pues los que coronan las mesas solo son de perspectiva; por lo qual ya se puede conocer que un banquete de esta clase dexa arruinada una casa, no solo por las viandas que se consumen, sino tambien por las que se compran no mas que para obstentacion, las quales, segun vi, son veinte veces mas que las necesarias. Añádese á esto que igualmente son servidos los criados de los convidados, y con la fortuna de que comen con entera libertad; pues no se les considera dignos de mortificarlos con aquella multitud de cumplimientos.

Comenzamos á comer, y yo me lisonjeaba ya de que el ceremonial de la etiqueta no prescribiria mas excusas ni ceremonias, quando por mi desgracia ví entrar una tropa de comediantes que venian á divertirnos. Postráronse hasta el suelo, y dos de ellos, que sin duda serian los principales, presentáron á mi amigo unas tablillas donde estaban escritos los títulos de varias tragedias que sabian de memoria, en términos que indistintamente podian representar qualquiera que se les señalase.

El objeto de presentar á mi ami-

go aquella especie de lista, era que eligiese la funcion que debian executar; pero este, no considerándose digno de señalar la diversion de tan ilustre tertulia, se negó absolutamente á ello, y remitió los cómicos y sus tablillas al inmediato compañero. Quando altercábamos sobre excusar el asiento que debiamos ocupar, por fin cedimos, y cediéron todos; pero en este nuevo altercado no se verificó esto. Las tablillas anduviéron todas las mesas, viniéron á mí, yo las entregué al amo de casa, y este otra vez á mi amigo, añadiendo las mayores instancias, en cuyo largo paseo

los pobres cómicos andaban de unos en otros como mendigos que aguardan una limosna. Yo pensaba que al fin mi amigo cederia; pero en lugar de hacerlo iba á entregarlas de nuevo al compañero inmediato; y sin duda hubieran repetido su carrera, á no haber sido porque los cómicos, viendo que habia de haber representacion, y que ninguno queria eligirla, la escogiéron por sí mismos; y sin aparato ninguno, ni nada parecido á teatro, nos representáron una tragedia, que acabada la funcion pedí al gefe de la compañía para sacar una copia, que todavia conservo.

DOÑA CLARA.

No dudo que será extraña la tal tragedia, atendido el genio de aquella nacion, y su poca cultura.

DON MARIANO.

Miré vmd., en eso hay mucho que decir, los chinos tienen bastantes conocimientos en las ciencias y en las artes; pero como carecen de trato con los extrangeros, no pueden nunca comparar su estado con el de los otros, es decir, nunca pueden conocer lo que saben los demas, y por consiguiente tampoco estan en disposicion de saber lo que les falta hasta el a-

cierto. Los progresos que se hacen en qualquiera facultad ó arte son hijos de esta comparacion; pero dexemos estas digresiones, y vamos á oir lo que nos dice nuestro viagero, que así sigue su relacion.

La representacion de la tragedia duró miéntras la cena, y concluida esta nos hiciéron pasar á otra sala donde estaban preparadas otras mesas iguales, y donde ya sin tantas ceremonias nos sirviéron los postres. Retirámonos á casa, y por la mañana envió mi amigo un villete al suyo dándole gracias por el obsequio de la noche anterior.

Aquel dia se gastó en pasear la ciudad. Ví sus principales edificios y sus cárceles, donde noté que los presos son tratados con la mayor humanidad. Todos disfrutan de la luz; por el dia se pasean por unos espaciosos patios que bien pueden llamarse jardines; pues por lo general estan adornados de árboles, y solo tienen puestas las prisiones miéntras la noche, durante la qual hay varios hombres cuidando de ellos, y particularmente de que no se apaguen las luces con que estan alumbrados los calabozos.

Ví tambien una boda. La no-

via iba en una especie de carro cerrado por todas partes, y acompañada de toda su parentela. Varios criados llevaban con todo aparato las alhajas de su dote, y uno de ellos llevaba la llave de la puerta de aquel carro, la que no debe entregarse á nadie sino al mismo novio en persona. Este estaba á la puerta de su casa, y apénas llegó el carro delante de ella quando abrió precipitadamente, como deseoso de saber si su esposa era bonita ó fea. Esto era muy natural; pues á la verdad es cosa bien cruel casarse con una muger á quien jamas se ha visto. Así me

parece extraño que entre mis paisanos haya buenos matrimonios: mejores me parece que serán los de Europa, como que estan formados por el amor.

En fin, yo me presenté á nuestro Emperador, y obtuve el permiso de comenzar mis estudios en la escuela de Confucio para poder tomar luego los grados que son necesarios para aspirar á los empleos que me corresponden por mi familia.

DOÑA CLARA.

Muy buena ha estado la relacion del señor Van tsee; pero yo hubiera querido que hubiese hablado

algo mas de los usos de su nacion.

DON MARIANO.

Fácil me hubiera sido complacer á vmd.; pero este es un punto que está ya muy tratado, y yo no he querido sino entresacar lo que absolutamente es nuevo. Lo que puedo hacer es leer á vmds. una traduccion de una novela que publicó en frances el mismo padre Jesuita que traduxo la tragedia que quizás en otra ocasion leeré á vmds.; pues tengo algo que corregir todavia en ella.

DOÑA CLARA.

Pues no nos prive vmd de ese gusto, ya que le es tan fácil.

DON MARIANO.

Voy inmediatamente á servir á vmds.

Una familia de mediana condicion habitaba en *Bousi*. Eran tres hermanos, el mayor se llamaba Lui (diamante), el segundo tesoro, y el tercero perla. Este estaba soltero, los demas casados; la muger del primero se llamaba Ouang, y la del segundo Yang, siendo ambas muy dignas de ser amadas.

Lui y su esposa tenian un hijo llamado Hieul, que quiere decir regocijo, y este niño tenia seis años quando se extravió de su casa; y como su padre estuviese in-

consolable con esta pérdida, dexó su casa, y se puso á comerciar andando por las ciudades mas cercanas de su patria, y viniendo á ella una vez cada año, con el fin de buscar de nuevo á su hijo; pero no teniendo noticias de él, y hallándose mas afligido porque su esposa no tenia otro, pensó en distraerse de todos los sentimientos emprendiendo largos viages, y siguiendo el comercio que ya habia comenzado. Con efecto, pasó á la provincia de *Chan si ouag*, donde prosperó; tuviéron muy buen despacho los géneros que llevaba, aunque tuvo la desgracia de tener

que detenerse tres años en ella á causa de una enfermedad que padeció, y tambien porque no pudo cobrar al instante el importe de las telas que habia fiado á algunos mercaderes.

Por último, se puso en camino para volver á su patria, y habiéndose parado en un parage llamado Tchin lieou para descansar un rato, halló un saco semejante al que llevan los viajantes al rededor del cuerpo para guardar el dinero. Levantóle del suelo, y viendo que pesaba mucho, le desató, y halló dentro la cantidad de doscientos taels. Mucho se alegró

con este hallazgo; pero no resolviéndose á usar de este tesoro que le habia dado la suerte, se estuvo toda aquella noche aguardando por si volvia su dueño, y no pareciendo nadie, volvió por la mañana á proseguir su camino, deseando siempre encontrar la persona que habia perdido aquel dinero.

Llegó á Nan Sou, y alojándose en casa de un comerciante, en la que tambien estaban alojados otros muchos, comenzáron todos á contar las pérdidas y ganancias que habian tenido en sus tratos. En quanto á pérdidas, dixo uno de ellos, ninguna mayor que la que

yo he tenido hace dos noches; pues habiéndome parado á descansar en *Cchin lieou*, me quité mi bolsillo, y le puse para que me sirviese de almohada. Dormíme al instante, y á corto rato desperté por el ruido que hacian las gentes del séqüito de un Mandarin que atravesaba aquellos campos. Levantéme con la mayor prontitud para separarme del camino, como es costumbre, y dexé olvidado allí mi bolsillo, cuya falta no advertí hasta que llegué al pueblo inmediato, y no quise volver á buscarle; pues me hice cargo de que siendo tan freqüentado aquel camino, sería inútil

mi diligencia, y no sacaria otra ventaja que perder mi tiempo.

Todos se lastimáron de la desgracia de su compañero; pero Lui, teniéndole por el verdadero dueño de aquel tesoro, procuró hacer amistad con él, y se convidó á acompañarle hasta su pueblo, mediante que estaba en el camino del suyo. Luego que llegáron á la casa de este comerciante que se llamaba Tooangi, mandó este sacar una ligera cena á su amigo: miéntras la mesa le preguntó este las señas del bolsillo que habia perdido, y no le quedó ya duda de que habia hallado á su legítimo dueño.

Tooangi se admiró mucho de la curiosidad de aquel forastero; pero conoció su intencion quando le vió sacar su perdido bolsillo, y que se le ponia en su mano manifestando el mayor placer. En vano le ofreció repetidas veces la mitad de aquella suma. Lui no quiso admitir nada: Tooangi, prendado de tan extraña liberalidad, le habló así: compañero mio, desde hoy irán juntas nuestras riquezas, yo quiero que tú seas yo, y yo sea tú. ¡Qué feliz seria yo si mi compañero tuviese un hijo! entónces yo le casaria con una hija que tengo de doce años,

Lui comenzó á llorar sin poder detener sus lágrimas, y Tooangi, admirado del repentino dolor, le preguntó la causa. Lui entónces le contó la pérdida de su hijo; lo qual oyendo Tooangi, le dixo: ¿quánta edad podria tener ese niño, y cómo se llamaba? Trece años, respondió Lui, y yo le habia puesto por nombre Hieul. Basta, le dixo Tooangi, y llamando á un criado, le mandó que buscase á Hieul, y le dixese que le buscaba su padre. ¿Cómo es esto, exclamó Lui? ¿quién es ese Hieul? Sin duda será tú hijo, le replicó Tooangi: ¿mi hijo? ¿y quién le ha

traido á tu casa? Escucha, hermano, le dixo Tooangi. Una mañana estaba yo en mi almacen, quando vino un hombre con un niño, diciendo que se le habia muerto su muger, y dos hijas; que ya no le quedaba mas que aquel niño, y que viendo que sus negocios iban á peor en esta ciudad, queria pasar á Pekin, donde tenia parientes que le mejorarian de fortuna. Dixome tambien que no tenia dinero ninguno para el viage; y que si yo queria prestarle seis taels, él me los volveria muy pronto; y para seguridad me dexaria aquel niño, que era la cosa de mas es-

timacion que poseia. Parecióme que no querria engañarme un hombre que así me entregaba su hijo, y le dí el dinero que me pedia; aunque sí no dexé de extrañar la frialdad con que se despidiéron padre é hijo. Pasáron muchos dias, y como ni el padre viniese por su hijo, ni yo tuviese ninguna noticia del pago de mis seis taels, comencé á sospechar que me habia engañado, y llamando al niño, le pregunté de dónde era, y quál era el apellido de su familia. Díxome que era de la ciudad de Bousi, y de la família de Lui; y que habiendo salido un dia á jugar á la

puerta de su casa, se empeñó en coger un paxarillo que se habia caido del nido, y tanto se alejó de su calle, que ya no la pudo encontrar. Que estando así llorando se llegó aquel hombre á él, le dió de comer y de beber, y se le llevó consigo por varias tierras, hasta que le vino á dexar en mi casa. Bendito sea el cielo y la tierra, exclamó Lui; pero yo quiero satisfacerme. Este niño puede que mienta; pero si es mi hijo tendrá una señal negra en la rodilla derecha. Diciendo esto se presenta el niño que venia á ver lo que su padre le mandaba: inmediata-

mente le hiciéron descubrir su rodilla, y hallando la señal que Lui habia dicho, este estrechó á su hijo en los brazos, dando gracias al poderoso Tien porque se le habia vuelto, despues de tanto tiempo, y conociendo que esto era en premio del cuidado con que habia buscado al dueño de aquel bolsillo.

Pasados los primeros regocijos, Tooangi hizo preparar una gran cena, y habiendo comido y bebido con mucha alegría, se fué cada uno á su cama. Venida la mañana Tooangi fué á visitar su amigo, y le dixo: hermano mio, ya sabes mis intentos. Yo tengo una hija bonita, tu hijo la co-

noce y la quiere, porque la ha visto pensando que era su hermana. Si tú quieres, los dos se casarán, y nosotros viviremos siempre unidos, y nuestros caudales irán prósperamente. No pudo Lui resistir tan generosa oferta, y así inmediatamente quedó hecho el contrato matrimonial. Tooangi quiso regalar á Lui veinte taels; pero él lo rehusaba, diciendo que á él le tocaba regalar, pues era el padre del novio; pero que la casualidad de hallarse tan léjos de su casa, le dispensaba de esta obligacion. Tooangi le replicó que por lo mismo queria él darle aquella

suma por via de regalo para los gastos del viage, y que si lo rehusaba lo tomaria como desayre, y una señal de que no le gustaba el matrimonio proyectado. Por último tuvo que condescender Lui, y su nuevo amigo juntó todos sus parientes, celebrando un magnífico banquete.

Al otro dia por la mañana se despidiéron con las mayores caricias, y Hieul fué al puerto á ver si habia algun barco que los conduxese por el canal. Con efecto, halló uno muy pequeño, y en él comenzáron su viage.

Navegáron todo aquel dia, y

ya muy cerca de la noche llegáron á un parage donde acababa de naufragar otro barco. Los infelices que iban dentro de él gritaban pidiendo socorro; pero las gentes que habia en la costa eran hombres interesados, y decian unos á otros, ¿quién nos paga porque los ayudemos? Con esto se estaban quietos, quando Lui dixo entre sí. Salvar la vida á un hombre es al supremo Tien cosa mas agradable que adornar los templos y dar limosna á los Bonces; con que así, ¿qué cosa mejor puedo hacer que pagar con estos veinte taels el alivio de esos pobres? Al ins-

tante comenzó á dar voces, diciendo que daria veinte taels á quien sacase á los que naufragaban, y la gente de la costa se echó al agua á tan buen tiempo que á todos los salváron. ¡Pero quánto se admiró Lui viendo que entre los que habian salido del peligro estaba su hermano mas pequeño, quien inmediatamente le vino á abrazar! Lui le preguntó cómo era que se hallaba allí; y él le respondió que teniéndole por muerto en su familia, todos lo habian creido ménos su esposa; la qual se hallaba en el mayor apuro, pues su hermano queria se casase con alguno de

los muchos que la pretendian. Yo iba á buscarte, añadió por darla gusto; pero, hermano mio, date prisa á ir á tu casa; pues si tardas tres dias, quizás ya encontrarás á tu esposa casada con otro, y tendrás muchos disgustos. Luí con esta noticia llamó al patron de la barca, y aunque ya era muy de noche, le mandó que continuase navegando con la mayor prisa que pudiese.

Aquí concluye la primera parte de la novela, y su autor pone unos versos que dicen.

El corazon oprimido vuela á su
fin como un tiro de flecha.

La barca corre mas viva sobre las aguas que el peine de un texedor que quiere acabar pronto su obra.

DON FERNANDO.

Hagamos tambien pausa nosotros á nuestra lectura; pues miéntras Lui va por el rio adelante, nosotros tenemos que descansar en la posada que ya tenemos á la vista.

CONVERSACION XV.

Concluye Don Mariano la novela traducida del chino.

DON MARIANO.

Miéntras que todo esto sucedia á Lui, Ouang su muger estaba inconsolable, é instada por su cuñado que tenia el mayor interes en que saliese cierta la muerte de Lui; pues por ella quedaba

él por el gefe de la familía: tomó al fin el luto, cosa que era una señal decidida de que ya contemplaba rotos los lazos de su matrimonio. Ademas de eso, su aborrecible cuñado era muy jugador, y habiendo jugado una gran cantidad, resolvió tratar la boda de su cuñada con el fin de valerse de la cantidad en que la dotase un rico comerciante que la pretendia. En efecto, no tardó mucho en ir á visitar á este, valiéndose de la ausencia de su hermana, que habia partido para asegurarse de la muerte de Lui; y habiendo tratado entre los dos to-

dos los artículos de la boda, quedó arreglado el dote de la infeliz Ouang, y su cuñado recibió allí mismo treinta taels á cuenta de los que debia de tomar despues del matrimonio. Hecho esto, dixo al comerciante: mirad que mi cuñada es muy soberbia, y que se opondrá sobremanera á que la saquen de su casa, y tendreis trabajo de convencerla por razones: lo mejor es que prevengais á la entrada de la noche un carruage adornado segun costumbre, y entrando en mi casa con poco ruido, la muger que se presente vestida de luto, esa es mi cuñada.

Cogedla por fuerza, metedla en el carro, y conducidla á vuestra casa sin hacer caso de sus llantos ni sus amenazas.

Arregladas así todas las cosas, Liung pao (tesorero) volvió á la casa, y dixo á su muger, mirando á su cuñada con un gesto de desprecio, esa rata de dos pies ya me incomoda, y así quiero echarla de casa: esta noche vendrán por ella; pero yo no quiero quedarme, no digan luego que no tuve lástima de ella. Mira que vendrán unos hombres de órden de su nuevo esposo, y se la llevarán. Al decir esto, Ouang atravesaba por el

quarto inmediato, de modo que Liung pao no pudo continuar, y temiendo que su cuñada descubriese algo, salió inmediatamente á la calle, y se le olvidó añadir la circustancia de que los hombres robarian á la que hallasen vestida de luto. Sin embargo, Ouang habia oido la mayor parte de la conversacion; pues apénas su cuñado entró en casa, quando conoció que tenia algun secreto que comunicar con su muger, y así le siguió los pasos, y pudo oir el que unos hombres habian de venir á robarla. Así fué, que hablando consigo misma, dixo: es pre-

ciso estés con cuidado; pero ántes de nada quiso hacer muchas caricias para obligar á su cuñada á que la descubriese aquel secreto. Entró en la pieza, y habiéndola besado repetidas veces las manos y la frente, la pidió que la dixese si era verdad que su hermano queria usar de la autoridad de gefe de la familia, y la queria obligar por fuerza á un segundo matrimonio. El corazon de su cuñada era tan duro como el de su marido, y la desventurada Ouang no recibió ninguna respuesta á sus cariños, sino que negándose absolutamente á consolarla, la dexó

sola, y se fué. Ouang visto esto ya no dudó que iban á engañarla, y se fué á su quarto, donde comenzó á llorar con toda fuerza, diciendo: ¡qué muger tan desgraciada soy! Mi esposo ha muerto, y yo no lo sé: ó vive, y yo no lo sé. Dos cuñados tengo, uno bueno y otro malo: el bueno ha ido á saber la muerte de mi esposo; el malo está en casa, y quiere casarme ántes de saber si estoy viuda: ¿qué haré yo? lo mejor será matarme; pues ya no puedo sufrir la vida. —" Con efecto, tomada esta resolucion, cogió un cordel, y atándole á un palo que

habia clavado en la pared se lo echó al cuello, y se arrojó al suelo, diciendo: supremo Tien, vengad mi muerte.

Qualquiera dirá que Ouang se mató; pero no saben que el palo era muy delgado, y que no pudiendo mantener el peso, se rompió, y Ouang cayó en el suelo sin sentido. El ruido del golpe hizo acudir á su cuñada, quien hallando cerrada la puerta del quarto de Ouang, cogió una barra de hierro, y la abrió por fuerza; pero Ouang habia caido de manera que con sus mismos pies atrancaba la puerta, por lo qual, y co-

no estaba á obscuras su cuñada, tropezó en ella, y cayó. Con el golpe se la perdió la toca, y así para buscarla y ver lo que habia sucedido á Ouang, fué á buscar una luz. Al mismo tiempo el comerciante venia á buscar á su esposa, y habia hecho disponer un carro de boda adornado de flores, vanderolas y linternas; habia juntado cinqüenta músicos y muchos criados con hachas, todos los quales estaban parados alli cerca. La cuñada de Ouang oyó llamar á la puerta, y pensando lo que seria, se dió prisa á encender la luz, y abrir; pero por la decencia no se

atrevió á salir sin velo, y tomó el primero que halló, que fué el de su cuñada que era de luto. Apénas abrió la puerta, quando el comerciante, viendo que aquella era la primera muger que veia, y que ademas estaba de luto, que era la seña que él traia, la cogió por fuerza, y ayudándole sus criados, la lleváron en brazos al carro, donde la encerráron segun costumbre. En vano gritaba ella que no era Ouang; pues el ruido que hacian los cinqüenta músicos impidiéron oir sus gritos, y á pesar de su resistencia tuvo que ir con su nuevo esposo, sin haber perdido el otro.

Miéntras este lance, Ouang volvió en sí, y oyendo los instrumentos de boda que pasaban por la calle, comenzó á temer que ya venian por ella; pero viendo que el ruido iba á ménos, conoció que eran vanos sus temores. Llamó á á su cuñada; pero como nadie respondiese, la buscó por toda la casa, halló su velo, la puerta abierta, y todo con el mayor abandono. Inmediatamente conoció que su cuñada habia sido robada en lugar de ella; y así, temiendo que el esposo conociendo su engaño la volviese á traer á casa, cerró la puerta con mucho cuidado, y se fué

á dormir, aunque no lo pudo conseguir en toda la noche. Por la mañana oyò llamar á la puerta con golpes muy fuertes; pero creyendo que era su cuñado no quiso hacer caso para ver si así se cansaba y se iba; pero él llamando con mas fuerza, y nombrando el nombre de su muger, pateaba en la calle, y decia que iba á pegar fuego á la puerta, por lo qual Ouang, poniéndose el velo de su cuñada, salió á abrirle.

Liung pao se asombró quando oyó la voz de su cuñada, y mucho mas quando no la vió con el velo de luto. Entónces conoció lo

que podia haber sucedido, y preguntaba á Ouang qué se habia hecho su esposa. Yo no lo sé, dixo ella; ¿pero qué me preguntas á mí? tú debes saberlo mucho mejor que yo; pues tú eres el que has dispuesto este robo. Liung pao pateaba de cólera; habia estado toda la noche con unos amigos jugando: al principio habia ganado cinqüenta taels; pero despues habia perdido tambien los treinta que le diéron por su cuñada. Por lo qual, y viéndose sin dinero, comenzó á hablar entre sí, y dixo. No importa, así no tendré que aguantar á una muger que ya me enfadaba. Mi cu-

ñada és bonita, y no faltará quien la quiera: cogeré otra vez el dinero de su dote, y con él podré comprar otra esposa que sea mas jóven que la que me han llevado, y aunque esta descubra al comerciante el engaño que ha habido, yo diré siempre que es mentira, y que és mi cuñada la que se ha llevado, solo que como es tan apasionada por su primer marido, quiere de este modo librarse del segundo, y volverse á mi casa. De esta manera el comerciante se quedará con ella, y nadie sabrá lo que me ha sucedido.

Como Liung pao estaba tan en-

tretenido con estos pensamientos, se olvidó de cerrar la puerta, y sintiendo ruido en ella, volvió la vista y vió entrar á sus dos hermanos acompañados de otra mucha gente, entre la qual venia Hieul. La voz de Lui, que llamaba á Ouang, llegó hasta los oidos de esta, quien vino corriendo á abrazar á su esposo. El malvado Liung pao, temiendo las reprehensiones de su hermano mayor, y acosado por su delito, tuvo vergüenza, y huyó como un relámpago, saliendo de la ciudad con intento de no volver nunca á ella.

Ouang contó á su marido to-

do lo que habia pasado, y él viendo los favores que debia al cielo, dixo de este modo.

Bendito sea el supremo Tien; si yo me hubiera dexado arrastrar de la avaricia, y no hubiera pensado en buscar el verdadero dueño de aquel bolsillo que encontré, tuviera ahora dos mil taels; pero no hubiera encontrado á mi querido Hieul que creia haber perdido para siempre.

Si despues hubiera guardado mis veinte taels, y no los hubiera ofrecido á quien librase á aquellos infelices que se ahogaban en el canal, tuviera ahora veinte taels,

pero no hubiera librado la vida á mi querido hermano, ni hubiera sabido los desórdenes que habia en mi casa. Mi esposa se hubiera visto robada, y mi hermano quizás me hubiera engañado, diciéndome que habia muerto, para que yo nunca descubriese su delito. Pero todo se ha compuesto bien. El supremo Tien ve desde el cielo las buenas y las malas acciones de los hombres, y al fin los premia ó los castiga.

Al otro dia Hieul volvió á ponerse en camino para buscar á su esposa, y juntos todos viviéron muchos años sin tener jamas

ninguna otra desgracia.

El autor concluye aquí su novela, y pone estos tres versos.

PRIMERO.

La accion virtuosa de volver el dinero que se ha encontrado, es causa de hallar un hijo que ya se lloraba perdido sin remedio.

SEGUNDO.

La mala accion de vender á su cuñada, es causa de perder su muger propia.

TERCERO.

La conducta del cielo es admirable. Distingue perfectamente los buenos de los malos, y jamas se le engaña.

DON SEVERO.

Amigo mio, dígole á vmd. que los chinos son tan malos escritores quando escriben novelas, como quando componen tragedias.

DON MARIANO.

Y lo mismo quando hacen todo. Su pintura nos admira por la hermosura de sus colores; pero no conocen el alma de la pin-

tura, que es la perspectiva. Su medicina es alabada; pero ya se conoce quán miserables son sus médicos, pues se ven obligados como Techin yng á llevar consigo un cofrecito donde van sus rémedios; es decir, que no tienen boticas separadas; por donde se puede ver que la farmacia no está muy bien en aquel pais; y como esta sigue los pasos de la medicina, es innegable que ambas estan todavia en la cuna. Ultimamente, crean vmds. que la China no merece nuestros elogios si no por la mucha distancia que nos separa de ella.

CONVERSACION XVI.

Resuélvese el problema de si los brutos tienen ó no un lenguage, con el que se entienden entre sí.

DON SEVERO.

Estamos, señores mios, en la última jornada de nuestro viage; y así en el trecho que falta desde este pueblo de Valdemoro á Ma-

drid, me permitirán vmds. que haga una pregunta al señor Don Cárlos, cuya respuesta quizás nos servirá de diversion todo el camino. Mi pregunta es qué particularidad tiene el órgano de la voz en las cigarras, que he oido decir es este órgano la pieza mas asombrosa que presenta la *anatomía comparada*. Conozco que esto no pertenece á los insectos, que es el tratado favorito de Don Cárlos; pero quizás sabrá tambien alguna cosa en este punto.

DON CARLOS.

Por no pertenecer á los insectos, quizás no he hablado de él

ántes de que vmd. me lo preguntase; pero voy brevemente á complacerle.

Primeramente han de suponer vmds. que el órgano de la voz está colocado en el vientre del animal; lo qual es una particularidad bastante extraña. Sobre el vientre, pues, tiene dos placas escamosas casi circulares, sujetas por un lado con ligamentos, y movibles por el otro. De este modo las placas se pueden levantar; pero para que no lo hagan demasiado, estan sujetas hasta cierto punto con unas pequeñitas clavijas. Quitemos estas placas escamosas, y

veremos con la mayor admiracion lo que cubren. Primeramente se advierte una gran cavidad muy bien formada en su contorno superior, y dividida en dos partes por una pieza triangular: en el fondo de cada una de sus cavidades hay una especie de espejo muy lustroso, y que mirado obliqüamente presenta todos los colores del arco iris; es decir, que es capaz de descomponer la luz.

A primera vista parece que estas son dos ventanas vitreas, por las que se puede ver lo interior del animal; pero estas ventanas tiene cada una su tapa, que for-

ma las placas escamosas que dixe al principio.

Esto es lo exterior del órgano de la voz de la cigarra. Ademas de las dos divisiones referidas, hay en la gran cavidad otras dos muy pequeñas, guarnecidas por una membrana elástica, que tiene allí el mismo uso que el pellejo que cubre los timbales, por lo qual tambien se llaman estas cavidades los *timbales de la cigarra.* Si se pasa una pluma sobre esta membrana, se oirá cantar la cigarra muchos dias despues de muerta. Pcro esto no es lo mas admirable. La membrana está ple-

gada con mucha simetría, y estos pliegues que tiene son otros tantos instrumentos sonoros, que cada uno tiene su particular sonido. El ayre sacudido y modificado por estos instrumentos va á resonar en las dos grandes divisiones, donde recibe otras modificaciones, lo mismo que la voz del hombre y de los quadrúpedos hace en las concavidades de la boca y de la nariz. Dos grandes músculos formados por la reunion de muchas fibras hacen jugar los pliegues á voluntad del animal, y tal es la causa del grito de la cigarra, que tan desagradable nos parece.

DON SEVERO.

Con que segun eso, la voz de la cigarra es producida lo mismo que el sonido del timbal, solo que en ella esos pliegues son como los palillos que dan los golpes, y los musculos que vmd. nos dice son las manos que mueven esos palillos.

DON CARLOS.

Esa es la mas simple descripcion que se puede hacer.

DOÑA CLARA.

Señores, permítaseme una pregunta. En todas las relaciones que nos ha hecho el señor Don Cárlos hablando de los insectos y de

su industria, bien así como siempre que he oido hablar de semejantes cosas, he oido decir el macho llama á la hembra; el animal teme, y da una voz para advertir á sus compañeros, &c., &c.; todo lo qual supone que los animales son capaces de hablar á su modo: díganme vmds. que es lo que hay en esto.

DON CARLOS.

La pregunta de vmd. no tiene muy fácil la respuesta. El problema de si los brutos son capaces ó no de emplear su lengua, es un punto sobre el que se ha escrito mucho, aunque no se ha tra-

tado tan filosóficamente como la materia exige. Algunos naturalistas excesivamente preocupados á favor de los irracionales, y no pudiéndose contener á vista de sus admirables operaciones, no han sabido dar *al instinto* sus verdaderas fuerzas, y así quanto han visto que supera á la idea que de él tenian, otro tanto han atribuido á una especie superior, esto es, *al entendimiento* (1); y en este caso, suponiendo entendimiento en los irracionales, nada mas natural que

(1) Bien se conoce quan disparatada es esta opinion.

concederles un lenguage. Esto es lo que algunos han hecho sin ningun sólido fundamento, y poco ha faltado para que nos presenten tambien un diccionario de las voces y frases de que usan; pero si á esto no han llegado, á lo ménos han traducido sus mutuas conversaciones con la misma verdad que algunos viageros apasionados de todo lo maravilloso nos han dado noticias de los discursos y diálogos de las naciones salvages que han recorrido. En este punto la verdad está envuelta en una porcion de fábulas: vamos pues á quitar estas para percibir

bien la claridad de aquella.

Quando se pregunta si los *brutos* tienen un lenguage, es menester distinguir cuidadosamente dos especies de lenguages, esto es, el natural y el artificial. En aquel se comprehenden todos los signos, por los quales el animal da á conocer lo que pasa en su interior; pero si limitamos esto á solo los sonidos, la lengua natural será un compuesto de voces inarticuladas, uniformes en todos los individuos de la misma especie, y unidas de tal modo á los sentimientos que expresan que el mismo sonido no represente jamas dos sensaciones opuestas.

La lengua artificial, por el contrario, es un compuesto de voces articuladas y arbitrarias, que no tienen mas conexîon con las ideas que representan, que aquella que las ha dado el convenio; de modo que la misma voz puede significar ideas muy diferentes y diametralmente opuestas. De este modo la lengua artificial es la que nosotros hablamos.

El hombre es el único que habla, y esta admirable prerogativa es un signo del imperio que tiene sobre todos los animales. Por medio de la voz, se puede decir que reyna sobre toda la natura-

leza, se remonta hasta su divino Hacedor, le contempla, le adora, y le obedece. Por la voz se conoce á sí propio, conoce igualmente á los seres que le rodean, y les destina sus varios usos. Puede decir *yo*, puede juzgar de sus relaciones, uniformarse con ellas, y aumentar así su felicidad. Por la voz llega á ser un ente verdaderamente social; y las sociedades que forma no son como las de los castores ni elefantes, limitadas á ciertos casos, sino estables, permanentes, y gobernadas por leyes que deduce de principios ciertísimos, y que muda ó modifica segun los

tiempos y situaciones.

Pero el *bruto*, limitado á la lengua natural, todo lo ignora, si no sus necesidades primitivas, y los objetos que pueden satisfacerlas. Una multitud de sensaciones tienen relacion con estas varias necesidades, y todas, ó casi todas tienen sus signos naturales: la especie de estos signos, su número, destino y órden en que se suceden; y últimamente, el modo con que se hallan variados ó convinados, constituyen el genio ó carácter del lenguage de diferentes animales, y son para los curiosos naturalistas un manantial prodi-

gioso de observaciones; y al mismo tiempo *una fuente de crasísimos errores para los que se internan en este estudio sin la ayuda de una sana lógica, y sin el conocimiento de unos sólidos principios.*

Son innumerables las observaciones que prueban que los brutos tienen un cierto lenguage. El perro ladra de un modo quando ve venir á su amo, de otro quando por la noche siente gente junto á la puerta de la casa, de otro quando pide de comer, &c., &c. Lo mismo hace el gato, y lo mismo la gallina, la paloma, &c.

No es esto solamente: hay al-

gunos animales que aprenden á pronunciar algunas de nuestras voces, por lo qual el vulgo cree que hablan, no sabiendo que hablar es ligar las ideas á los signos que las representan. Las frases que el papagayo repite tan puntualmente, no prueban que él tenga ningunas ideas unidas á las palabras que pronuncia; pues igualmente pudiera pronunciar los términos propios de las ciencias mas abstractas, y los de una nacion, cuya lengua no entendiese el mismo que se lo enseña. ¿Quién no ve que esto es un juego puramente mecánico? Si como algunos refieren se

ha llegado á enseñar á ciertos animales domésticos á distinguir los caractéres del alfabeto, y componer con ellos determinadas palabras, todo esto que tanto admira al vulgo, no prueba otra cosa sino que el cerebro de estos animales es capaz de formar asociaciones de ideas sensibles.

Este punto es de la mayor evidencia el: bruto no tiene ni puede tener sino ideas particulares, ó puramente sensibles; y así le es imposible ascender á nuestras ideas universales. Ellos no generalizan sus ideas; no forman abstracciones intelectuales; confunden el sugeto con

los atributos, ó por mejor decir, para ellos no hay atributos ni sugetos. No les son conocidos los seres, sino por algunas qualidades sensibles.

Los brutos, pues, no raciocinan de ningun modo, y aquellos que al parecer lo hacen, solo comparan ó se acuerdan de ciertas ideas sensibles, de donde resulta tal ó tal movimiento, tal ó tal accion. Quanto mas numerosas sean estas ideas comparadas ó recordadas, tanto mas presentarán los brutos la apariencia del raciocinio; pero sin embargo, todo ello no será mas que una apariencia incapaz de engañar sino á aquellos que tengan muy

poca filosofia para analizar este movimiento ó esta accion, y llevar la cosa á su verdadero orígen.

Los animales que nacen y viven en sociedad, que trabajan como de concierto ellos mismos sus obras, son los que al parecer necesitan mas que otros el uso de un lenguage determinado. En efecto, destinados á formar como una misma familia, y ayudarse mútuamente en sus trabajos y necesidades, ¿qué cosa mas conveniente puede dárseles que el uso de un lenguage para el desempeño de estas operaciones? Vemos las admirables obras de los castores, ver-

mos las colmenas de las industriosas abejas, &c. &c., y hallando que allí cada uno trabaja por su parte, que no resulta ninguna confusion ni desórden, sino que todo va perfectamente dirigido, nos vemos inclinados á decir, aquí hay uno que manda, y otros que le obedecen, porque le entienden; luego hablan entre sí. Pero no hay necesidad de recurrir á esta hipótesis para explicar el fenómeno. Una comparacion aclarará mis ideas. Cinqüenta arquitectos se hallan reunidos en un campo para la construccion de un edificio. Todos son mudos de nacimiento, y así no pue-

den entenderse ni explicarse; pero todos tienen á la vista un mismo modelo, y todos han recibido iguales disposiciones, y unos mismos instrumentos para executarle. Igualmente todos se hallan dotados de unos mismos talentos, y tienen igual grado de inteligencia en la materia. Las mismas ideas que estan impresas en la cabeza del uno, se hallan en la del otro; así todos juzgan y obran uniformemente en un caso particular determinado, y siempre con una misma relacion á este caso. Los materiales que unos recogen son empleados por los otros: lo que el primero comienza, lo con-

tinúa el segundo, y el tercero lo acaba, y el quarto lo perfecciona. Ninguna contradicion, ninguna variedad en los sentimientos ni modos de obrar, y ninguna confusion; porque las ideas, las voluntades y los medios son unos mismos en todos los individuos.

He aquí lo que pasa en las sociedades de las abejas y castores, y lo mismo en las de todos los animales que de mancomun trabajan. El plan que siguen está trazado por la naturaleza é impreso en la sensacion de sus necesidades. Todos han recibido este plan, esto es, cada uno de ellos tiene dentro de

sí un exemplar de él, y todos los medios para desempeñarle; y así todos trabajan á una en la formacion de su proyecto; y resulta de estas obras parciales la masa total de la obra, sin que ni ellos mismos hayan pensado quizás en semejante resultado.

Pero supongamos por un instante que estos arquitectos estan dotados del uso de la voz: ¿piensan vmds que entónces se atendrán constantemente á unos mismos modelos de su grosera arquitectura? Dotados entónces de la facultad de generalizar sus modelos, variarán entónces sus operaciones tan-

to como se lo permitan sus órganos. Descubrirán cosas que ántes ignoraban. Estos descubrimientos producirán otros nuevos, conocerán los defectos, buscarán la perfeccion, y al cabo de algunas generaciones estarán los castores en estado de competir con nuestros arquitectos.

Ya ven vmds. que esto no se verifica. Las mismas obras que hacen los actuales castores son las que hacian los que vivian en tiempo del primer hombre: lo mismo digo de las colmenas y de todas las demas obras de los animales: nada han variado ni pueden variar, porque no pueden conocer defectos, de-

sear mejoras, hablarse ni entenderse.

Pero este no es lugar á propósito para ventilar despacio este punto metafisico, ni demostrar quanto sirve el lenguage para la perfeccion de todas nuestras facultades. Me basta haber indicado el principal orígen de los errores que cometen generalmente los que se entregan sin reflexîon á la apariencia que presentan las obras de los animales; cosa que nos será tanto mas útil quanto yo mismo he dado motivo á estos errores, contando las maravillas que he entresacado de los mejores autores que describen las operaciones de los insectos.

Al mismo tiempo he respondido á mi señora Doña Clara, y ha sido tan bien medida mi respuesta, que ya miramos las torres de Madrid; por lo qual esta debe ser la última de nuestras conversaciones; gracias á las quales no se nos ha hecho molesto el dilatado terreno que hemos corrido.

Así fué con efecto: el corto trecho que hay desde allí á Madrid se gastó en conversaciones indiferentes; pero la prediccion de Don Cárdes no se verificó en quanto á ser esta la última conversacion que tuvimos; pues como habiamos venido con tan perfecta union, quedó en-

tre nosotros tan estrecha amistad, que todas las noches concurrimos á casa de Don Fernando, y en ella continuamos nuestras tertulias, siempre baxo el mismo plan de instruirnos. En adelante tendré proporcion de manifestar al público el resultado de estas nuevas conversaciones; pero por ahora concluyo aquí las de nuestro, viage que son las que me propuse publicar. = Las otras formarán tomo aparte.

